

## GUERRA, POLÍTICA Y SOCIEDAD EN LA IDEOLOGÍA DE LA CORPORACIÓN MILITAR ARGENTINA \*

Por **Gustavo Druetta**

"La carrera militar es una de las pocas maneras dignas de vivir la vida", general de brigada (R) Emilio Bolón Varela.

"Lo esencial de la regla oligárquica no es la herencia de padre a hijo, sino la persistencia de una cierta manera de ver el mundo y de un cierto modo de vida impuesto por los muertos a los vivos. Un grupo dirigente es tal... en tanto pueda nombrar a sus sucesores (...). No importa quién detenta el Poder con tal de que la estructura jerárquica sea siempre la misma",

George Orwell.

### 1. EL NACIONALISMO COMO VANGUARDIA DEL GOLPE DE ESTADO

El 18 de diciembre de 1975 se sublevan dos unidades de la Fuerza Aérea comandadas por jefes de filiación *nacionalista* contra el gobierno de Isabel Perón. Herederos de un militarismo clerical fascio-falangista con influencias maurrasianas que tenía su anclaje nacional en las corrientes reaccionarias, anti-obreras y anti-radicales, de la década de 1920, y había gozado de algunos meses de gloria durante la dictadura del gral. Félix Uriburu en 1930-31 y concurrido al golpe encabezado por el gral. Pablo Ramírez en 1943. En el primer caso, ligada a intereses petroleros norteamericanos, había sido copado y desplazado por la concordancia conservadora pro-británica liderada por el gral. Agustín P. Justo, presidente del "fraude patriótico" entre 1931 y 1937. En el caso de Ramírez sus simpatías pro-nazis fueron neutralizadas por el vuelco de la guerra favorable a los aliados en 1943, siendo desplazado por la alianza militar-sindical conducida desde el Estado por el Cnel. Juan D. Perón, presidente constitucional entre 1946 y 1955, año de su derrocamiento. La coalición nacional popular peronista, alienada del apoyo nacionalista por su enfrentamiento con la jerarquía de la Iglesia y la grey católica de la pequeña burguesía es desalojada por una coalición liberal radical y nacionalista conservadora, apoyada por minorías políticas del progresismo y la izquierda social-demócrata y comunista. El jefe de la vanguardia insurreccional nacionalista católica, Gral. Eduardo Lonardi, luego de presidir durante 50 días la Revolución Libertadora en 1955, es a su vez desalojado por la fracción militar liberal que lleva a la presidencia *de facto* al gral. Pedro E. Aramburu. Este acaba con el intento lonardista de integrar corporativamente al peronismo sindical "sin vencedores ni vencidos", excluyendo el liderazgo de Perón y su personal político y militar incondicional. El "movimiento de recuperación nacional" que por la vía de la insurrección de militares peronistas intenta el gral. Juan J. Valle en nombre del movimiento nacional y popular, duramente perseguido por los "gorilas" del antiperonismo civil y militar, es aplastado y escarmentado con la masacre de algunos militantes obreros y el fusilamiento de una veintena de oficiales y suboficiales fuera de las normas legales corrientes, sentando el primer precedente de inclemencia con el vencido en las luchas sociales argentinas de la segunda mitad del siglo XX. El radical intransigente Dr. Arturo Frondizi asume la presidencia en 1958 luego de una campaña opositora a la Revolución Libertadora y a sus aliados de la Unión Cívica Radical (del Pueblo) y con el aporte electoral del peronismo proscripto, llevando adelante un proyecto de industrialización con la inyección de grandes masas de capitales extranjeros en ramas productivas inexistentes o escasamente desarrolladas. Su pretendido integracionismo social fue combatido por los sindicatos peronistas incondicionales a Perón, bajo el cargo de haber quebrado el pacto por el cual debía levantar toda proscripción al Partido Justicialista y a la candidatura de Perón, exiliado primero en Centroamérica y luego en España. Luego de que el peronista Andrés Framini ganara (bajo una denominación partidaria *ad hoc*) las elecciones de la Pcia. de Buenos Aires en 1962, Frondizi, obligado por los mandos adherentes a un *liberalismo arcaico* ("colorados") a anular la votación, queda inerme ante el golpe de Estado. Sin embargo una variante moderna del desgastado nacionalismo militar se había desplegado en los mandos medios, alimentada por los tecnócratas desarrollistas entre los oficiales que valoraban la eficiencia profesional y la consideraban un freno a la politiquería de los altos mandos. Son éstos *profesionalistas* que se dicen legalistas ("azules") los que equilibran las fuerzas para lograr una sucesión formalmente constitucional a Frondizi, que recae en el ignoto presidente del Senado, Dr. José María Guido. Acto seguido, los dos enfrentamientos violentos entre azules del ejército y la aviación, contra colorados del ejército y la marina, mediados por una sucesión de luchas sordas intramilitares, entre 1962 y 1963, dejan el campo en manos de los

\* Este artículo presenta algunos de los resultados de una investigación realizada con una beca de CLACSO y el auspicio de FLACSO-Programa Buenos Aires. Se deja expreso agradecimiento a las observaciones formuladas a la versión original del artículo por Mario R. dos Santos y Eduardo Viola, eximiéndolos a ambos de cualquier responsabilidad sobre su contenido final. Quiero agradecer muy especialmente la valiosa colaboración de mis alumnos de la Escuela de Ciencia Política de la Universidad del Salvador, Valeria Cohen, Verónica Ventureira y Jorge Horvitz cuyo entusiasmo juvenil da sentido a estas páginas. Agradezco la dirección de beca de José E. Miguens y el apoyo de Alain Rouquié.

profesionalistas que llaman a elecciones pero adoptan el "ilegalismo" de los colorados al proscribir nuevamente al peronismo. En 1963, accede al gobierno el Dr. Arturo Illía por la U.C.R., cuya *ilegitimidad de origen* no alcanza a ser compensada a los ojos indiferentes de la sociedad civil y en particular para los movilizad@s sindicatos que lanzan poderosos planes de lucha, por la *legitimidad de desempeño* en lo que respecta al normal desenvolvimiento de la lucha política y la ausencia de desbordes represivos anticonstitucionales. En 1966, los ex-legalistas azules irrumpen violentamente en el poder, anticipándose al llamado a elecciones libres en 1967 para cargos provinciales y renovación de cámaras, pre-anunciado por Illía. Un autoritarismo corporativo en lo político-social y un "desarrollo asociado" a capitales extranjeros tendiente a sentar las bases de un crecimiento autosostenido, parece ser el programa que unifica a la clase política militar de la Revolución Argentina. Pero de inmediato estallan los equívocos. Unos —los "paternalistas" la entienden como la cristalización de un orden tecnocrático y comunitarista; otros —los "nacionalistas"— como la realización definitiva de la revolución nacional abortada en 1930, desnaturalizada en 1943 y traicionada en 1955; y finalmente —los "liberales"— participan en ella unidos en el antiperonismo con sus camaradas pero imaginando una revolución "norteamericana" o "francesa" que pusiese en orden el sistema político y lo sacudiese de rémoras populistas disciplinando a las clases populares, como interregno más o menos largo hasta el restablecimiento de una república democrática donde el pueblo eligiera a los mejores despreciando a los "demagogos".<sup>1</sup> El gral. Juan C. Onganía representa la presidencia del paternalismo y la hegemonía del neo-liberalismo económico entre 1966 y 1970; el gral. Roberto M. Levingston el equívoco de un *intermezzo* nacionalista desarrollista con ínfulas estatistas que pretende revertir el predominio de la gran burguesía trasnacional y agraria en el onganiato. Pero el Estado corporativo de orden y equilibrio social prometido por la Revolución Argentina había caído en un descrédito irreversible al compás de las explosiones sociales que desde 1969, con el Cordobazo, dejarían al desnudo las facetas más represivas de la doctrina de la seguridad nacional. El aceleramiento de los conflictos obreros y de las capas medias de carácter peronista y clasista, el incremento de la actividad guerrillera, el embate de las fracciones oligopólicas de la burguesía urbana y rural, y los indicios de profundos fraccionamientos en las FF.AA., deciden a la Junta Militar a reemplazar a Levingston, luego de que el "viborazo" de estudiantes y obreros cordobeses lo marcara con el estigma del rechazo popular. El ascenso a la presidencia del gral. Alejandro A. Lanusse en marzo de 1971 haría cristalina la subyacente hegemonía de los liberales autoritarios en el ejército, ahora en una versión defensiva del *golpismo paraconstitucional* de Justo y Aramburu. Un pasado de antipopulismo sin claudicaciones (Lanusse había purgado con cuatro años de cárcel su participación en la rebelión antiperonista de 1951), no tan claro en los corporativistas paternalistas ex-profesionalistas ni menos aún en los nacionalistas, le permitiría a Lanusse conducir una retirada más ordenada de las FF.AA. hasta mayo de 1973, entablando un duelo-negociación casi personal con el caudillo de Puerta de Hierro.

La alienación entre "lo nacional" —la Patria, la Bandera, el territorio— y "lo popular" —las clases subordinadas concretas— de una mentalidad conservadora, liberal o paternalista, que idealizaba a una república "civilizada" sin masas incultas movilizadas, permanecería enraizada en el tejido celular de las FF.AA., luego de que *extirparan* de su seno en 1955-56 los anticuerpos peronistas y *amputaran*, entre esos años y 1973, a todos los intentos de predominio nacionalista populista. El liberalismo autoritario seguiría su devenir en la ideología subterránea de los militares, a despecho de la sucesión de los tres comandantes en jefe —Carcagno, Anaya y Laplane— que acompañaron a los cambios en la relación de fuerzas intra-peronistas —Cámpora, Perón, López Rega— hasta emerger hegemónico en la cúpula castrense cuando en la segunda mitad de 1975, el Estado justicialista se debatía en la impotencia. Entre 1973 y 1975, la conducción del ejército evolucionaría ambiguamente desde un "peruanismo" expectante respecto de la movilización juvenil impulsada por los Montoneros —materializada en un ensayo de *peligrosa* cooperación entre sus "milicianos" y los soldados, denominada "operativo Dorrego" — hasta una convergencia conflictiva e inorgánica, pero real, con las escuadras represivas y defensivas de la derecha peronista frente a un enemigo común: la "subversión marxista" guerrillera o no, y la izquierda de extracción peronista y cristiana *tercermundista*, acusada de "infiltración" en gremios, fábricas, universidades y organismos públicos. Pero era sólo una alianza táctica: los futuros mandos del Proceso (PRN), hijos primogénitos de la Revolución Libertadora, no podían olvidar la utilización "estratégica" que Perón había hecho desde comienzos de los años 70 hasta su regreso definitivo a la Argentina en junio de 1973, de las "formaciones especiales" (Descamisados, FAP y Montoneros) de su movimiento.

A raíz de la lucha in *crescendo* que las FF.AA. venían librando contra aquellos guerrilleros cristiano-marxoperonistas y el foquismo guevarista del ERP y las FAL desde 1969, el ejército había ido recuperando al viejo *profesionalismo combatiente* detenido en 1912, año de los últimos encuentros armados y matanzas de aborígenes resistentes en territorios del Chaco. (La historiografía militar no reivindicaba en sus recordaciones guerreras los "combates" con que los partes de campaña habían bautizado la mayoría de las acciones de persecución y fusilamiento de más de un millar de peones rurales y obreros portuarios, en huelga insurreccional en la Patagonia "trágica" de 1920-21). El ejército bajo el mando del gral. Jorge R. Videla desde noviembre de 1975, representaba más cohesionadamente que el de los comandantes del peronismo, el reaseguro armado —corazón acorazado— que el Estado antepone a una "crisis de dominación celular" (crisis del Estado "en" la sociedad). Algunas de sus ma-

nifestaciones habían comenzado a recobrar su ímpetu, luego de que el carisma del gral. Perón, presidente de noviembre de 1973 a junio de 1974, las había apaciguado, derrotando políticamente la opción revolucionaria de las izquierdas peronizadas e intentando un nuevo "pacto social" entre el capital y el trabajo. La crisis de hegemonía de la dominación social, es decir, "el 'fracaso' (relativo) del Estado como aspecto garante y organizador de las relaciones sociales fundamentales en una sociedad capitalista",<sup>2</sup> pareció tomarse irreversible luego de que el predominio lopezreguista (filo-fascista) desde la muerte de Perón (julio del 74) hubo tocado a su fin a mediados de 1975, dejando al gobierno isabelino inerte ante las reivindicaciones laborales defensivas de los sindicatos peronistas frente a una profunda crisis económica. Hasta ese momento, el "profesionalismo integrado" (al peronismo) propuesto por el comandante en jefe gral. Numa Laplane se sustentaba militarmente en la batalla (constitucionalmente legitimada) del ejército, contra el ERP de Tucumán, a cargo del gral. Acdel Vilas, y políticamente, por la convivencia entre Laplane y López Rega. Alejado éste del palacio, pronto mostraría su debilidad estructural en cuadros formados en un profesionalismo supuestamente apolítico —realmente corporativo y autoritario— reforzado por los desafíos armados e ideológicos que provenían de una sociedad percibida como anarquizada y faccionalizada.

La pretensión guerrillera de arremeter frontalmente contra el monopolio de la violencia de las FF.AA. y de aliviar la presión sobre el ERP en Tucumán, tendría dos jalones notables por su osadía y también por su impotencia trágica a fines de 1975.

El 18 de diciembre, los rebeldes impenitentes del nacionalismo aeronáutico pre-conciliar, salían a la palestra con sus proclamas apocalípticas y sus rosarios al cuello —reedición del "Cristo vence" pintado en los aviones rebeldes del 55— liderados por el brig. Orlando Capellini. Neutralizados por una simbólica represión aérea *legalista*, cumplirían la función de anunciar la santidad anticomunista y antiperonista del golpe de Estado consumado tres meses después. En marzo de 1976, se inauguraba la militarización más profunda de la Argentina contemporánea y se instauraba el reinado de un terror represivo, a cargo de un Estado *cuasi-totalitario* que superaría largamente las características liberticidas del Estado "burocrático-autoritario" de 1966-73. *El genocidio ideológico* de por lo menos 20.000 (algunas cifras pasan los 30.000) opositores —dirigentes políticos y sindicales, intelectuales, militantes de base y guerrilleros prisioneros o sin alternativas de rendición y respeto por la vida— ¿puede explicarse como la respuesta extrema dictada por el miedo de clase a una expansión de la metodología del terrorismo y la guerrilla a amplias capas populares? Lo cierto es que ese peligro no existía en 1975. Había sido eficientemente neutralizado por Perón desde su regreso definitivo a la Argentina. La derrota político-militar y la masacre perpetrada por elementos de la derecha peronista en Ezeiza el 20 de junio de 1973 había iniciado la desarticulación de los Montoneros del movimiento peronista, desautorizados por la convocatoria pacificadora de Perón y su afirmación de la ortodoxia justicialista. La descalificación de toda guerrilla *urbi et orbi* como simples hechos policiales de status criminal con que Perón intentó desarmar a los Montoneros y separarlos de las FAR o del ERP, recibió una respuesta brutal cuando ascendía a la presidencia en septiembre de 1973, con el asesinato de José I. Rucci, secretario general de la CGT peronista, por un comando montonero. A partir de la retirada de la Plaza de Mayo de la Juventud Peronista montonera el 1 de mayo de 1974, ante la ofensiva verbal de Perón en respuesta a sus reclamos de limpiar de gorilas y fascistas al "gobierno popular", el foquismo revolucionario sería su método principal de acción y el camino suicida hacia su acelerado aislamiento. La ulterior adopción del partido alternativo —Partido Auténtico— como vanguardia parlamentaria de la revolución socialista nacional, no resistió la prueba de la realidad (política y represiva) bajo el predominio del poder sindical y para-policial en la crisis del régimen peronista de 1975-76.

Desde noviembre de 1975 a marzo de 1976, a Videla y sus pares de la Armada y Aeronáutica se les presentaba la tarea de estrechar el cerco sobre la insurgencia rural, aproximación al objetivo estratégico de su total aniquilamiento. La erradicación de la guerrilla urbana presentaba la complejidad de su enraizamiento en la cotidianidad de los grandes centros poblados, donde las operaciones deberían hacerse a la vista de una sociedad más intercomunicada. La misma que era sospechada de encubrimiento o por lo menos de condescendencia con la violencia contestataria. Por ello, la lógica golpista respondería al diagnóstico de que la "extirpación del cáncer marxista" no podría completarse sin una *refundación nacional*, a imagen y semejanza de la que los hombres de la generación de 1880 habían realizado luego de aplastar a todos sus enemigos internos; aquellos héroes y mártires de las "montoneras federales" eran reivindicados por sus presuntos epígonos de la "barbarie" contemporánea, prueba de que la "civilización" debía reasumir la iniciativa militar. Pero ¿en qué concepciones del hombre y la política se asentó el proyecto de una guerra purificadora de una sociedad "enferma" que, como el bisturí de los cirujanos, debía extirpar el tumor ideológico maligno y operar todos los tejidos sociales amenazados de metástasis subversiva? Sin duda, fue el correlato de la propuesta económica de Martínez de Hoz de *abrir* —análoga a la acción de operar— las relaciones de producción, comercialización y distribución al mercado financiero e industrial internacional para erradicar la enfermedad del proteccionismo-populismo benefactor, reemplazándolo por el "fascismo de mercado". Este eliminó empresas locales "ineficientes" ante la tecnología y productividad transnacional; las FF.AA. aniquilaron físicamente la oposición más radical y consecuente en las

capas medias y la clase obrera; y entre ambos erradicaron a la población *sobrante* por la vía del exilio ideológico y/o laboral de decenas de miles de argentinos. Dejando de lado el programa de *liberalización* de la economía y sus consecuencias debilitadoras sobre el movimiento reivindicatorio de las clases subordinadas, tratemos de rastrear la génesis de la militarización total de la política en el desenvolvimiento del pensamiento castrense, antecedente a la ideología del Proceso de Reorganización Nacional. En él encontraremos los fundamentos y anticipaciones sustentados en la transmisión generacional de valores y cosmovisiones sociales y políticas, desarrolladas históricamente dentro de la organización militar por oficiales no siempre visibles en la escena pública.

## 2. HIPÓTESIS, CRÍTICAS Y PROFECÍAS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE FF.AA. Y SOCIEDAD

### a) *Modernización participativa en la democracia estable de los mejores*

En 1975 el antiguo Tte. Gral. Benjamín Rattembach no parecía preocupado por los chisporrotazos de la contienda antiguerrillera, carente del arte espectacular que sólo brindaba la guerra clásica cuya ciencia había aprendido de Clausewitz en los años 30. Estaba sí abocado a actualizar sus ideas sobre un nuevo profesionalismo militar<sup>3</sup> que articulara institucionalmente las estrechas relaciones que las FF.AA. habían ido tejiendo con las luchas políticas y sociales internas desde la segunda Guerra Mundial, fenómeno sobre el que comenzara a especular luego de pasar a retiro a comienzos de la década de 1950. Ingresado al Colegio Militar en 1913 —año del egreso de Perón— había compartido con el futuro caudillo de masas una profesionalización semejante. Ambos habían privilegiado al mariscal prusiano Kolmar Von der Goltz en sus primeros escritos de táctica; ambos se diplomarían en la Escuela de Guerra y serían profesores en ella.<sup>4</sup> Ambos se perfeccionarían en los dos ejércitos continentales del Eje; Rattembach en Alemania y Perón en Italia. Pero Perón sería conspirador en 1930 y en 1943, y Rattembach no tendría ningún rol protagónico en esos eventos ajenos a su vocación profesionalista "apolítica". Sin embargo, sería reincorporado al servicio activo y ascendido por la Revolución Libertadora en 1955, luego de la caída de Perón. Sus ácidas críticas a los "crónicos de la política" que se habían reincorporado a las filas, le ocasionarían una gran impopularidad entre los "gorilas". Para él toda revolución era una suma de deslealtades hacia la superioridad militar y/o a las autoridades republicanas (el derrocamiento de Perón parecía estar justificado por la presunta *ilegitimidad* de su reelección en 1952 según los profesionalistas no proclives al golpismo). Para Rattembach, una cosa era la decisión de los comandos superiores de intervenir cuando una dictadura o peligro de ella lo exigiera, y otra inadmisible era el anarquismo y partidismo de las personalidades militares politizadas. La caída de Lonardi era un ejemplo paradigmático. El espíritu rattembachiano de la verticalidad jerárquica a ultranza sería realizado por la nueva racionalidad golpista emergente en 1966, perfeccionada en el golpe de 1976.

En la década de 1960, el profesionalismo filo-prusiano de Rattembach había dejado lugar a reflexiones sociológicas sobre el nuevo "sector social-militar de la sociedad" basadas en autores positivistas y empiristas, sin dejar de lado a representantes de las escuelas comprensiva y conflictivista. En su opinión, la *democracia defectuosa* argentina podría dejar de serlo —y en ese sentido dejar de provocar golpes de Estado— si una cultura política desarrollada era inculcada a la sociedad civil con el objeto de revertir la supuesta falta de preparación y predisposición del pueblo para la contienda cívica.

Una democracia *aggiornada* que quisiera garantizar el pleno ejercicio de los tres poderes republicanos debía normatizar la participación política del "grupo de presión" militar, convirtiéndolo en un "grupo de poder" formal inserto en los aparatos ejecutivo y legislativo del Estado. Los intereses propios y legítimos de la corporación de ciudadanos armados estarían así representados en un nivel equitativo con las demás corporaciones públicas y privadas que de hecho ocupaban un lugar de poder institucionalmente reconocido en la generación de políticas. Esta politización orgánica del ejército eliminaría el *peligro* de su politización caótica, principal enemigo de su cohesión espiritual y disciplinaria. Había entonces que reformar el sistema político global para insertarle horizontalmente, en todos sus niveles y funciones, el subsistema político militar. Era imprescindible según Rattembach: a) legitimar la vocación política de los militares contemporáneos; b) buscar la forma de su participación pacífica neutralizando la prepotencia armada; c) cuidar que esa forma no afectase la disciplina interna del arma. Las democracias occidentales europeas brindaban ejemplos útiles, como la representación parlamentaria de los militares, ya sea en bancas o comisiones, o el permiso individual a los oficiales para candidatearse a cargos electivos. Pero en la Argentina, la condición imprescindible era la de poner fin a la crisis endémica del sistema político nacional, en tanto mala reproducción de las democracias avanzadas. El golpismo, se deduce, sería el producto genuino del atraso politológico de la sociedad argentina, basado en una población *sociológicamente* inculta. Sin analizar las causas histórico-concretas de las intervenciones militares, ni develar los proyectos socioeconómicos a los cuales respondieron, ni reconocer la importancia de las doctrinas político-militares en el ideario golpista, ni la concausalidad de las aspiraciones del poder militar en las crisis estatales, Rattembach ve a las *FF.AA.* como *instrumentos pasivos* (casi víctimas) de la inestabilidad política cuya responsabilidad primaria correspondería a una república inmadura.<sup>5</sup> Su *instrumentación activa* en dirección al

golpe sería consecuencia de que los civiles no sabrían encontrar el lugar adecuado para el protagonismo político indeclinable de los militares.

Lejos de proponer una ubicación de la sociedad militar *sobre* la sociedad política, Rattembach creía que a partir del desarrollo profesional eficiente de su institución al lado de unas instituciones civiles presuntamente deterioradas y arcaicas, la participación modernizada de los militares en la sociedad política mediante la adaptación de modelos externos, actuaría como un efecto de demostración positivo. Esbozadas en 1965, desarrolladas en 1972 y reiteradas en 1975, estas tesis eran el reflejo intelectual más elaborado (del pensamiento castrense), de un fenómeno estructural en las FF.AA. de la post-guerra: la homogeneización antidemocrática de los cuadros paralelamente a una descalificación de los partidos políticos.<sup>6</sup>

Esta hipótesis de una evolución participativa, democrática y no violenta de los militares en política, parecía requerir como condición *sine qua non* y en términos de la comparación FF.AA. *modernas y eficientes vs. sociedad arcaica e inestable*, una modernización acelerada de los profesionales de la política análoga a la que los profesionales de la guerra habrían realizado durante la década de 1960. La aspiración de Rattembach a una democracia estable donde la justicia civil ejerciera el "control jurídico" y el ejecutivo y legislativo el "control político" del poder militar, que sólo veía posible en una sociedad modernizada, representaba a la República ideal con la cual soñaban muchos liberales autoritarios de 1966, y que los liberales totalitarios del 76 imaginaron para el año 2000. La *interpretación elitista* de la realidad nacional que sería un rasgo común de paternalistas, nacionalistas y liberales de la década de 1960, sería reconocida *a posteriori* por el gral. Lanusse como el fundamento de las decisiones erróneas que había compartido con sus camaradas no liberales, partidarios del Orden a cualquier precio o de la Revolución Nacional irredenta. El gobierno de los *mejores* impuesto a los *peores* por su propio bien, se basaba en la presunción de una sumisión espontánea de la población a un autoritarismo para-republicano cuya legitimidad, unilateralmente interpretada por las FF.AA. valía para los liberales en tanto lograra una legalidad democrática estable en la cual los mejores (militares) pudieran subordinarse definitivamente a los mejores (civiles) en la República prometida.<sup>7</sup>

#### b) Corporativización paternalista y nacionalización populista-desarrollista

Para el gral. Osiris Villegas, la *instrumentalidad negativa* que una sociedad caotizada hacía de las FF.AA. al entregarles el poder en momentos de crisis y reclamárselo intempestivamente recién comenzado el ordenamiento social, debía ser contrarrestada ofensivamente por las FF.AA. Pero no ya como meras restauradoras de la democracia. Los civiles debían reconocer en ellas a la "última reserva moral de la nacionalidad" y aceptarlas como modelo espiritual, doctrinario y organizativo adecuado para superar los "errores de la democracia"; fundamentalmente el de la debilidad ante el comunismo.<sup>8</sup> La cuestión era subsumir la sociedad política y civil en el molde de una *corporativización paternalista* de estilo militar, es decir, de ordenamiento cuartelero. Una comunidad estrictamente jerarquizada, sin monopolios demasiado voraces ni sindicatos demasiado poderosos, y a lo sumo con dos grandes partidos que se turnaran en el poder; lo cual sería imposible hasta no erradicar la "demagogia" manipuladora de las masas. El cemento ideológico elitista que había cohesionado a los hombres de la Revolución Argentina en 1966, adquiría en la pluma del secretario del Consejo Nacional de Seguridad entre 1967 y 1970, cierto sesgo neo-populista, cuando en 1969 afirmaba que el interés nacional suponía aspiraciones colectivas esenciales que irían emanando de la comunidad. Pero *esa emanación del ser nacional* comunitario no se esperaba proveniente de algún signo popular, pues por definición correspondía a una "función típica (y por tanto exclusiva) de las élites generacionales (cuya) misión inexorable... (es) convertirse en intérpretes de dicha comunidad". La infalibilidad de la vinculación *élite-intérprete-de-lo-nacional* dejaba filtrar una advertencia: el éxito se alcanzaría cuando la comunidad interpretada fuera la propia y no otra.<sup>9</sup> Prevención significativa en el año en que se aceleraría la declinación política de la Revolución Argentina.

Ya en 1968, cuando Villegas dictaba las políticas de seguridad que Lanusse debía aplicar al mando del ejército, algunos de sus camaradas volvían al campo de "lo nacional y popular" reclamando por la revolución traicionada. A fines de 1967 el gral. Adolfo C. López sería arrojado a la arena política por su pase a retiro forzado al ocupar Lanusse (menos antiguo) la comandancia. En diciembre, al despedirse de las filas, había señalado que las FF.AA. estuvieron obligadas a intervenir (en 1962 y 1966) "para poner en orden un proceso deteriorado de la democracia" pero ante el desvío de los fines revolucionarios, volver el país al orden significaba entregar cuanto antes el poder al Pueblo. La contrarrevolución nacional y social en que a juicio de López se había convertido la Revolución Argentina, requería nuevos liderazgos. Su llamado caudillesco a la *nacionalización populista* de las FF.AA. era tributario de la vieja escuela política de los coroneles del GOU del 43, 44 y 45, modelos de patriotismo cuando era un joven teniente y había admirado la forja de aquella *santísima trinidad* entre el paternal ejército, el filial sindicalismo y el espíritu immanente de la Patria, encarnada por el cnel. Perón en su triple condición de ministro de Guerra, secretario de Trabajo y vicepresidente de la Nación entre 1944 y 1945. No era el fantasma de la "dictadura" o la amenaza del autoritarismo defensivo del peronismo lo que impedía al gral. López integrarse subordinadamente al movimiento, sino la suspicacia que compartía con otros nacionalistas

hacia cualquier veleidad personalista sospechosa de demagógica respecto a los obreros. Si la "revolución social" ya había sido realizada por el justicialismo, los nacionalistas neo-peronistas reclamaban para sí su consumación total mediante una "revolución técnica nacional" para aumentar la productividad sin el sacrificio de las masas. El instrumento: un gobierno fuerte en un clima de libertad, con el peronismo como co-protagonista y la invitación a Perón a colaborar bajo la premisa de su renunciamento a cualquier candidatura. López se anotaba así entre los aspirantes a ser los *perones sin peronismo* de un desarrollo nacional bajo la vanguardia de las FF.AA. y protagonizado por los sindicatos y la burguesía local, pero postulaba un plebiscito periódico y una asamblea constituyente en el curso de los dos años siguientes, a condición de que los partidos políticos hubieran remozado sus estructuras y dirigencias.<sup>10</sup> El mito de la supermodernización organizativa y de la hiperprofesionalización técnica de los militares, bajo pautas dictadas por la doctrina de la interdependencia entre seguridad interna y desarrollo económicosocial,<sup>11</sup> seguía introducido como paradigma de contrabando hasta en los discursos con pretensiones nacionales y populares más democráticas de la élite militar. El síndrome del salvacionismo militar de lo nacional, y/o lo popular, no era patrimonio exclusivo del discurso paternalista (en el primer caso) ni de la grandilocuencia nacionalista de la cual el cnel. Guevara era un arquetipo generacional.<sup>12</sup> En septiembre de 1963, el Tte. Cnel. Eduardo Escudé, quien se encontraba en prisión por su participación en la asonada peronista contra Frondizi en 1960, poco antes de ser amnistiado por Illía convoca a los generales y brigadieres de su promoción (1941) a reorganizar el Estado argentino para elevarlo socialmente a la cumbre de la humanidad. A posteriori de 1966, imaginaria que todavía perduraba la vocación patriótica y popular de aquellos ex-jóvenes tenientes de 1943, antítesis de la "politiquería" y los "acomodos de comité" que creía justificaban el derrocamiento de Illía. En el prólogo de su libro publicado en 1968, recordaba a los argentinos las esperanzas que había despertado "un hombre honesto, católico militante, no manchado con la función política o económica, (hombre) de acción... el Tte. Gral. Juan C. Onganía".<sup>13</sup> La responsabilidad del fracaso que se vislumbraba no residía para Escudé en la incapacidad política de las FF.AA., sino en la usurpación del poder por un grupo liberal que habría sorprendido la buena fe de los militares. El peronista Escudé coincidía obviamente en estos juicios con paternalistas y nacionalistas, con quienes compartía una fe juvenil bautismal: la de la *unión pueblo-ejército* nacida entre el 4 de junio de 1943 y el 17 de octubre de 1945.

Pero la "traición" de los liberales también había sido prevista por los ideólogos del nacional-desarrollismo militar. El Tte. Cnel. Mario Orsolini —cuyo curriculum político nacionalista probablemente le arruinó su ascenso a coronel pasando a retiro en 1960— había intentado orientar ideológicamente al golpe de 1966, pero al comprobar que conocidos "contra-revolucionarios" liberales rodeaban a Onganía en la conspiración, dio por perdida a la Revolución Nacional.<sup>14</sup> Ya al desencadenarse el golpe de 1962 y los enfrentamientos posteriores, se había sentido impulsado a escribir sobre la "crisis del ejército" proponiéndose orientar a sus camaradas. Criticaba la retransmisión mecánica a los cuadros de la doctrina contrarrevolucionaria francesa, desde fines de la década de 1950, surgida de la derrota colonial de los franceses en Indochina (1954) y perfeccionada con las experiencias horribles de la batalla de Argelia hasta 1962. Observaba agudamente que la nueva "esperanza misional" que aquella representaba para las FF.AA. post-peronistas, acéfalas de misiones fronterizas y recién reconvertidas hacia las fronteras ideológicas, había contribuido a "desbordar el cauce específicamente profesional, enriqueciendo el repertorio de argumentos del golpismo crónico". Entre ellos, el resentimiento que los paracaidistas franceses rumiaban contra las democracias occidentales por su falta de apoyo a sus luchas por el "mundo libre" reforzaba la desconfianza de los militares argentinos en su propia democracia. No eran menos nefastas las hipótesis de conflictos contra la población nativa, considerada como enemiga o susceptible de ser conquistada por el enemigo (ideológico y/o extranjero), al traducirse acriticamente los textos contrainsurgentes despreciando las diferencias entre la población de una colonia y la de una nación independiente, y entre un ejército de ocupación y un ejército colonial. Ante el escándalo que había suscitado el encuentro de Frondizi con el Che Guevara (utilizado como argumento golpista), Orsolini recordaba ejemplos como el de Nasser negociando con los EE.UU. pero también con la URSS para enfrentar a ingleses y franceses por el canal de Suez. Urgía por tanto construir un nuevo "ejército nacional profesional" que desplazara al "ejército ideológico" (por anticomunista) y "partidista" (por antiperonista), sin "gorilas" furiosos ni adictos furibundos a la "dictadura" de Perón. Deducía con naturalidad una tétrica profecía cumplida durante el Proceso de Reorganización Nacional, sobre las consecuencias criminosas y alucinantes a que conducía cualquier ideología dogmática como *causis bellis*, al generar una "guerra santa" basada en odios y miedos.<sup>15</sup>

Las intenciones de devolver a las FF.AA. la iniciativa de un desarrollo nacional populista serían retomadas en 1970 por el gral. Juan E. Guglielmelli, secretario del Consejo Nacional de Desarrollo durante sólo cuatro meses en el gobierno de Levingston. Renunció al no obtener apoyo para una lucha frontal contra la falta de autonomía en el desarrollo económico-social, en la cual las FF.AA. debían asumir la vanguardia ofensiva contra los monopolios, considerados responsables del subdesarrollo nacional. Guglielmelli defendía la tesis de que una distribución de la riqueza era posible *al mismo tiempo* que se creaban las bases para un crecimiento más acelerado, pero no era sólo la productividad su preocupación. Creía que si las FF.AA. no se alineaban en el campo de la Revolución Nacional podían ser responsables de crueles enfrentamientos. En las antípodas de su

compañero de promoción (1938) y conspiración antiperonista en 1951, el gral. Lanusse, Guglielmelli bregaba por *profundizar* (y no liquidar) a la RA.<sup>16</sup> Para ello proponía una alianza de hierro entre la versión populista de algunos de los actores que, en la versión corporativista antipopular de la RA., el paternalista Villegas propondría en 1975 para re-comenzarla. Sus roles en 1970 debían adoptar para Guglielmelli el cariz dado por la aguda movilización política: *a) las FF.AA.*, hegemónicas por la fracción menos elitista del nacionalismo y empleadas como el motor de la "liberación nacional", *b) los trabajadores*, colocados en una prelación anterior a los empresarios; *c) la Iglesia*, en sus sectores más progresistas y movilizados como eran los curas del "tercer mundo"; *d) los empresarios*, de la burguesía local; y *e) los intelectuales nacionales*, representantes de las capas medias crecientemente peronizadas y movilizadas. Sectores, fracciones y clases sociales, *cuya* alianza en la lucha hasta 1973 sería desecha entre 1974 y 1975, en medio de la crisis y la violencia.

*c) Conciencia crítica del republicanismo liberal y propuesta golpista del neo-paternalismo.*

En 1973, el cnel. ingeniero militar Luis Gazzoli, retirado a mediados de los 60, publicaba una notable autocrítica sobre los fracasos, ambigüedades y sinrazones de las intervenciones de las FF.AA. entre 1962 y 1972. Previene con curiosa exactitud cronológica los renovados ímpetus golpistas que sobrevendrían en el período constitucional que se iniciaba, si las FF.AA. mantenían la pretensión de seguir autointerpretando a la Constitución y las leyes. Allí se hallaría el nudo gordiano del ciclo de golpes y dictaduras que hacia iniciar en 1958, pues al definir al gobierno de Perón como una "dictadura constitucional" no encuadraba a su derrocamiento dentro del intervencionismo militar. En el mismo estilo de los diputados socialistas de los años 30, cuando criticaban que el ejército quisiera erigirse en el "árbitro de la Constitución", Gazzoli preveía que en 1975 nadie podría garantizar que las mismas FF.AA. que no habían gustado de la democracia en 1966, no quisieran volver a juzgarla sin intentar simplemente vivirla antes de sancionarla con un nuevo golpe.<sup>17</sup> Para Gazzoli había que aceptar que el ejército tenía la obligación de ser "uno de los instrumentos de la ideología" o doctrina política del régimen legítimo. Pero esta tesis de la *subordinación clásica* refutada en los hechos por los políticos armados que, desde 1930, serían al mismo tiempo *productos y reproductores directos* del poder militar supra-constitucional, estaba perdida en el fondo de los tiempos (anteriores a 1916), cuando la clase política, liberal conservadora, ejercía el efectivo "control subjetivo" sobre un ejército escasamente profesionalizado y corporativizado. El argumento golpista de las "malas democracias" no era razonable para Gazzoli en la medida en que los gobiernos de *facto* nunca se habían atrevido a tomar la "heroica medida" de desconocer francamente a la Constitución para aplicar sin trabas las soluciones prometidas, ni tampoco habían dejado funcionar plenamente a la democracia. Por eso dudaba de una adhesión sincera de la mayoría de los oficiales al espíritu democrático, con estas profundas reflexiones introspectivas:

"Tal vez los militares no gozamos la democracia sino que la padecemos, y es por eso que tratamos de quitárnosla de encima cuando ese padecimiento es intolerable. Tal vez no seamos auténticamente democráticos aunque la democracia nos brinde la oportunidad de disimularlo".<sup>18</sup>

Lo que Gazzoli ensimismaba lúcidamente Lanusse lo llevaría a la práctica política al virar, luego de 1973, hacia un liberalismo democrático condescendiente con la presencia de un nuevo Perón que decía retornar "descarnado" de pasiones dogmáticas. Pero su propuesta de implantar un desarrollo económicamente interdependiente con todos los mercados del mundo, y en particular con los de los países no alineados, recuperando una autonomía ideopolítica y militar aplastada bajo casi 20 años de permanente dependencia ideológica estratégica de los EE.UU., sufriría muchos malosentendidos. Frente al modelo de un capitalismo nacional combinado con el capitalismo de Estado imaginado por las fracciones populistas de las FF.AA., los profesionales de la administración y las burguesías locales, se entablaría una lucha a muerte entre los extremos irreconciliables representados por las aspiraciones "socialistas nacionales" de las juventudes e intelectuales, y el "nacional socialismo" de los aparatos estatales de derecha, propagandizados ambos como la única y verdadera actualización doctrinaria peronista. Ninguno de aquellos actores sociales supra-partidarios parecía ver en la democracia parlamentaria-presidencialista el instrumento principal de sus respectivos proyectos. Salvo el mismo Perón, cuando cercano a su muerte, abrió significativamente los brazos a sus antiguos acérrimos adversarios del demo-liberalismo.<sup>19</sup>

A juicio del gral. Villegas, en cambio, en 1975 se avecinaba el "tiempo geopolítico argentino" demorado en 1962 y 1966 por los pruritos constitucionales del liberalismo y el boicot del marxismo. Encarnando el espíritu antidemocrático militar desnudado *desde adentro* por Gazzoli, sentía una "invitación al combate" que lo llamaba a la demolición —en su caso intelectual— de los restos del tercer gobierno peronista. Mientras Rattembach veía con interés el "modelo nacional" legado por Perón a su muerte, Villegas, en las antípodas de pretender *representar a* la voz del pueblo, se proponía como el intérprete de la voz de Dios para "esclarecer al hombre común que no sabe dónde va, cuál es su destino y el de la sociedad". Calificando a los intentos fallidos de construir una república gobernada por civiles —frondizismo y radicalismo entre 1955 y 1966— como dos lustros "de reacción", instaba a recomenzar el tiempo económico de la primera etapa diseñada por la Revolución

Argentina, que ahora designaba como Revolución Nacional en franco intento de cooptación del antiperonismo nacionalista.

Si los "tiempos" político y social habían tenido en Yrigoyen y Perón a sus líderes carismáticos, la ausencia de sus equivalentes reclamaba el surgimiento de una super-élite al frente de la conducción férrea de una sociedad elevada a la categoría de "*pueblo fuerte*" porque, para Villegas, "de nada sirve elegir gobernantes y tener justicia social, si no existe una sólida economía que permita financiar el bienestar del pueblo", para lo cual sería necesario la decisión de restringir ciertas libertades públicas y personales. El problema fundamental que la contrarrevolución preventiva de Villegas urgía resolver, era el de controlar las explosiones violentas de inconformismo y el de reprimir las propuestas estatistas izquierdizantes y las pretensiones participacionistas obreras en la co-gestión empresaria. Sólo así estarían aseguradas las condiciones que consideraba básicas para una futura aunque no prioritaria democracia política. Mientras *la empresa* era reivindicada como el "manantial de la revolución" (evolutiva) "y el cambio" (eficientista), a las *fuerzas del trabajo* se les asignaba una función complementaria (subordinada) a través de la concurrencia de los sindicatos en el esfuerzo del desarrollo, siempre y cuando se eliminara el recurso al "pacto social" entre el Estado y la CGT, Descalificado éste como "unilateral" (es decir totalitario), Villegas proponía una "bilateralidad" libremente pactada entre los capitalistas y sus trabajadores agremiados por oficio o industria, sin intervención o control por parte del Estado ni poder de veto mediante alguna negociación colectiva de la CGT. A los *intelectuales* sólo les asignaba la misión subordinada y monocrorde de "modernizar" la educación. No era necesaria la producción de ideas o modelos de desarrollo pues la "revolución-evolución" villegiana tenía un actor paradigmático: *las FF.AA.* De ellas, reivindicaba sus logros históricos concretos —desarrollo de una estructura industrial, tecnológica y energética propia— fuera de todo contexto sociopolítico, y las supuestas virtudes del *nacional securitismo*:<sup>20</sup> una organización eficiente con acento en la soberanía nacional, el desarrollo económico-social y la seguridad, que contrastaría con la presunta mezquindad de los intereses y objetivos de partidos y sectores de la sociedad civil. La "decisión" fundamental que a juicio de Villegas debían asumir las FF.AA. en la coyuntura de 1975-1976, implicaba forzar a un cambio de mentalidad en la población civil que definía así: "De la náusea ciudadana (sic) hay que pasar a la fe en el destino trascendental de esta generación, con deseos de actos heroicos... De la satisfacción de la vida fácil hay que llegar a la idealización de la vida difícil. Pero que sirva para algo fundamental, como sacrificio".<sup>21</sup>

El modelo de actos heroicos parecía brindarlo la lucha contrainsurgente. El de vida difícil lo proveería a su debido tiempo el agudo detrimento del salario real de las clases populares y medias y la indefensión ante la arbitrariedad patronal facilitada por la intervención militar de la mayor parte de las organizaciones sindicales. El modelo de sacrificio fundamental, es decir, *fundante* de una forma de servicio purificador, lo proporcionaría la desaparición, asesinato y tortura practicados con millares de opositores, y la debacle de la cultura y la política argentina, a manos de la censura y la prepotencia del poder sin vallas constitucionales.

Los Grales. Villegas y López pertenecen a una de las promociones primigenias de la generación de políticos armados que hicieron la Revolución Argentina. Ingresan como cadetes en 1933 y egresan como subtenientes en 1937, siendo los primeros que reciben sus sables en las lujosas instalaciones de El Palomar, viejo escenario de la batalla de Caseros, efemérides fundacional del liberalismo constitucional sellado en 1853 y materializado en la república oligárquica que hegemoniza el sistema político hasta 1912-1916. A la misma promoción pertenece el gral. Carlos A. Caro<sup>22</sup>, único comandante de Cuerpo que se opuso al golpe contra Illía en 1966 y el gral. Julio R. Alsogaray, factotum de su desalojo policial de la Casa Rosada y cte. en jefe del ejército en la etapa inicial de la RA. Paternalista Villegas, nacionalista López, liberal autoritario Alsogaray y republicano democrático Caro, el caleidoscopio ideológico de la coyuntura de 1966-1972 comprobable en el generalato de una sola camada militar que se repite en varias camadas subsiguientes bajo la hegemonía disputada entre corporativistas y liberales autoritarios, sólo habría estado completo con la presencia de un peronista de la misma promoción (1937) como el cnel. Federico Gentiluomo. Pero éste había sido retirado en 1955 junto al resto de los leales a la causa de Perón. Esa promoción junto con las siete que la suceden hasta 1942 (en 1939 hubo dos camadas egresadas), forman parte de la que puede considerarse una *generación de transición* advenida a las filas entre el fin de los conflictos político-militares entre oficiales yrigoyenistas y antiyrigoyenistas (1932-33) y el comienzo de las luchas entre peronistas y antiperonistas (1944-45). Gentiluomo la describía expresivamente con referencia a éstas luchas:

"Los que luchamos en uno y otro bando, nos despedazaremos mutuamente. Mientras tanto, la generación del 45 se irá desparramando por todo el amplio escenario de la patria. Y esa generación hará historia..."<sup>23</sup>

Los miembros de la generación militar que llamamos del 43 (GM43) -eludiendo al sesgo unilateral peronista y aludiendo al episodio político-militar que marca una primera experiencia de politización golpista común a aquellos jóvenes tenientes— egresados entre 1937 y 1942 (límites aproximados de un corte biográfico político siempre arbitrario),<sup>24</sup> habían sido socializados militarmente de cadetes a tenientes por los "revolucionarios" del 30. Luego habían transitado una profesionalización doctrinaria más activa hasta ascender a capitanes a fines de la década de 1940, bajo el mando directo de los "revolucionarios" del 43. Entre 1951 y 1956, protagonizaron al mando de tropas las luchas de la diáspora institucional impulsada por el peronismo, mientras asoendían desde el

grado de capitán al de mayor y Tte. Cnel. Los sobrevivientes profesionales (y físicos) de las purgas "gorilas" desde 1955 a 1960, serían los coroneles de la *táctica* durante los planteos, asonadas, conflictos institucionales y golpe de Estado desde 1958 a 1962. A partir de este último año, comenzarían a ocupar el lugar de los generales de la *estrategia* (acompañados por sus compañeros coroneles en actividad o ya en retiro) en los enfrentamientos de 1962-1963, y conducirían la conspiración, golpe y dictadura tecnocrática neo-liberal iniciada en 1966. Los recuerdos adolescentes de los "tiempos de la república" conservadora y floreciente o la "década infame" fraudulenta (1931-1942), se sucedían con la expansión romántica juvenil de la "jornada redentora de la patria" del 4 de junio de 1943 (que para los militares del antiperonismo sería evocada como la jornada "reventora" del país). A la euforia inicial o la oposición temprana durante el auge del peronismo entre 1946 y 1949, seguiría el compromiso político de los oficiales peronistas dentro de los cuarteles o en cargos gubernamentales, o el activismo conspirativo contra la "democracia bárbara" de los cabecitas negras, hasta su caída en 1955. Desde 1969-1972, el sueño perdido de la "unión pueblo-ejército" o la pesadilla del "tirano prófugo" reaparecerían rodeadas de presagios trágicos mientras la GM43 preparaba la retirada del régimen burocrático-autoritario.<sup>25</sup> Sus miembros peronistas marginados en 1955, volvían en 1973 por sus fueros políticos hasta la nueva derrota en 1976. Con el obrerismo peronista desdibujado y en peligro de radicalización, el populismo nacionalista desgastado en su búsqueda de místicas inexistentes, el liberalismo autoritario en proceso de autocrítica y el republicanismo democrático acorralado entre el fuego cruzado de las ultraderechas y ultraizquierdas, sólo quedaba disponible un militarismo crudo y total que expresaría la reunificación ideológica de la corporación armada durante el interregno peronista. La memoria colectiva de las acciones y reacciones entre los miembros de la GM43 se cerraba definitivamente en marzo de 1976, cuando una nueva generación de mandos post-revolución argentina ocupaba la cúpula de las FF.AA.

### 3. EL MODELO DE LA MILITARIZACIÓN DE LA CIUDADANÍA Y LA POLÍTICA

#### a) *El ciudadano: soldado del Proceso o traidor a la patria.*

En 1975, dos de los actores corporativos presentes en los proyectos paternalistas y nacionalistas ocupaban el centro de la violencia y de la pugna económico-social: las FF.AA., en lucha a muerte contra la guerrilla, y los sindicatos peronistas, en un doble frente contra las organizaciones de la alta burguesía y la agitación obrera de la izquierda peronista y clasista. El Estado agotaba rápidamente sus posibilidades de consenso social y la democracia parlamentaria era casi una bella palabra sin eco político, esgrimida desde los escaños por algunos legisladores que aspiraban afirmar a la Constitución. Cuando a fines de marzo de 1976 hizo su entrada brutal la pura dominación coercitiva sin subterfugios legalistas, había sonado la hora de los anónimos oficiales de segunda línea durante el vacilante autoritarismo de la Revolución Argentina. Para ellos, los militares de la generación del 55, la revolución nacional inconclusa y siempre anhelada por algunos de sus mayores, no era sino un episodio de 1943 en el cual no habían participado. Tampoco tendrán pruritos para declarar congelados los principios liberales de una república ideal, por el término de 15 ó 20 años de "regeneración" nacional. Habían arribado a los mandos medios de las FF.AA. durante la transición entre el fin de la democracia antiliberal peronista y las pseudo-democracias y semi-dictaduras que habían echado por tierra, en los años 60, el proyecto de refundación republicana y disciplinamiento social de la Revolución Libertadora, en la cual sí tenían depositado el recuerdo de una rebeldía romántica. Oficiales retirados nacionalistas, liberales y paternalistas de la Revolución Argentina, recibirían de sus ex-subordinados a cargo del Proceso de Reorganización Nacional, la responsabilidad de puestos técnicos en la administración pública. Pero ni siquiera los ideólogos del paternalismo tecno-burocrático militar más ortodoxo habían anticipado con precisión el modelo cuasi-totalitario<sup>26</sup> de sociedad que, sin traicionar un substrato económico liberal, pondría en escena el golpe de 1976. El mismo combinaría la *máxima liberalización del mercado* industrial y financiero, agudizando la externalidad de sus mecanismos de capitalización y arrasando por la vía de la competencia salvaje a la pequeña y mediana empresa, con la *máxima totalitarización de la política* nacional e internacional. Resultante esto último de una ideología hiper-elitista (del poder) y super-estamental (de la estratificación social), que si bien había sido pergeñada por los paternalistas de la GM43, ahora excluiría al viejo anhelo organicista tendiente a construir una comunidad económica y socialmente equilibrada entre los diversos factores corporativos de poder laboral y empresarial. El valor supremo del *orden jerárquico* sería mimetizado con la ilusión propagandística de la libertad individual, destiñéndola y pervirtiéndola. El capital subordinaría absolutamente al trabajo eliminando todo vestigio de *democracia social*. Las FF.AA. ocuparían absolutamente el aparato estatal y para-estatal, instalándose incluso en el ámbito sagrado de la *democracia política*, el Congreso Nacional, simbolizando así su desaparición total. El militar, el policía, el "capo",<sup>27</sup> reemplazarían absolutamente al civil común como modelo de ciudadano, suprimiendo toda posibilidad de disenso público con la cultura cotidiana oficial, es decir, eliminando los resquicios de la *democracia civil*: Las profecías de Orsolini y Gazzoli habían comenzado a cumplirse, pero como siempre, los personajes reales superarían la imaginación de los agoreros. La utopía negativa de George Orwell en "1984" se realizaría en muchas de sus horribles predicciones en la Argentina del segundo lustro de los años 70.

La "última aristocracia" frente a la democracia plebeya, la "última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica" era aquello que el ejército representaba para Lugones en la década de 1920.<sup>28</sup> El mismo espíritu que resurgía otra vez en la mente de los golpistas de 1976, iluminados por un combate de miles de hombres contra un centenar en los montes de Tucumán que ya se presentaba victorioso y parecía preanunciar el camino para la domesticación de una ciudadanía, juzgada caótica y anarquizada, en sus demandas de justicia social. El 25 de diciembre de 1975 el tte. gral. Jorge R. Videla decía a sus soldados en la tierra más tarde macabramente bautizada como "la tumba de la delincuencia apátrida":

"... con patriotismo y espíritu de sacrificio, nosotros miramos consternados a nuestro alrededor y constatamos con pena, más con el sano furor del verdadero soldado, las dificultades inconcebibles en las que se debate el país sin entrever la solución... Con el justo derecho que le confiere la sangre vertida por sus hijos heroicos, el Ejército argentino reclama... una inmediata toma de conciencia y de posición... Las especulaciones políticas, económicas e ideológicas deben cesar... El orden y la seguridad deben reemplazar al desorden y la inseguridad"<sup>29</sup>

Estos imperativos categóricos exigidos a la sociedad civil constituirían el núcleo ideológico del programa del golpe de 1976. Pero de la nueva nación que los militares pretendían devolver a la república hacia fines de siglo, sólo quedarían a principios de los años 80 los despojos de una libérrima especulación financiera y el miedo a una terrorífica impunidad represiva. Esta llevaría a límites inéditos la inseguridad por la vida no sólo de los opositores violentos o pacíficos, sino también de los libre pensadores e incluso de colaboradores que se opusieron a desbordes de corrupción o prepotencia que los afectaban directamente. Pero el mensaje que Videla, el alm. Emilio Massera y el Brig. Orlando Agosti dirigieron al país el 24 de marzo de 1976 había sido bien claro. En su proclama golpista las FF.AA. hacían una exortación inapelable a la colaboración de todos los ciudadanos con el gobierno militar, no en cuanto tales, sino en tanto "en esta nueva etapa —decían— cada ciudadano tiene su puesto de combate".<sup>30</sup> La neutralidad en la guerra fratricida no sería tolerada y en relación a ella todo ciudadano debía alinearse y *uniformarse* por lo menos en el espíritu. En el lenguaje de las órdenes que se transmiten de general a cabo (en un idioma cada vez más rudimentario) para ser ejecutadas por los soldados conscriptos, exigían sacrificios prometiendo dar el ejemplo de arriba hacia abajo. La verticalización de la vida social imponía un "ejercicio severo de la autoridad para extirpar definitivamente los vicios que sufre el país" —la delincuencia subversiva y la demagogia, la corrupción y la venalidad— por lo cual no sería admitida "la transgresión a la ley o la oposición a la obra de reorganización emprendida".<sup>31</sup>

#### *b) La carrera nacional e internacional del presidente del Proceso.*

Desde un pasado inmediato llegaba la voz del gral. Numa Laplane, antecesor de Videla en el comando en jefe, cuando en octubre de 1975 negaba que el cnel. Vicente Damasco —el supuesto depositario del "modelo argentino" legado por Perón—representara políticamente a las FF.AA. en la sede de gobierno, ya que éstas se limitaban al rol que les fijaba la Constitución. Esta declaración de renovado *profesionalismo prescindente* del ejército, reflejaba por un lado la pérdida de Laplane de su base de apoyo político oficial desde la caída en desgracia del inspirador de la represión para-policial, comisario-ministro López Rega. Pero en la medida en que en la reunión de mandos previa a esa toma de posición había participado el jefe del Estado Mayor inter-armas gral. Videla, también traducía la voluntad política interna de las FF.AA., dispuestas a defender su propia idea de constitucionalidad y a tomar distancia de la suerte del gobierno constitucional efectivo. En el mismo mes de octubre el "cadete" Videla, así conocido entre sus camaradas por su apego a la ritualidad militar estricta, representaría a las FF.AA. argentinas en la XI Conferencia de Ejércitos Americanos encuadrados en el marco del TIAR. Allí tendría oportunidad de confraternizar con sus pares de los Estados militarizados o dictatoriales que por doquier rodeaban las fronteras argentinas, y de reencontrarse con los oficiales del ejército norteamericano con los cuales había iniciado muy joven relaciones profesionales, antes de regresar para ser ungido comandante en noviembre del 76. Volvería cargado con el aliento moral de quienes quizás confiaban en él como el hacedor de una brillante campaña antisubversiva cuya hipótesis victoriosa no había podido ser confirmada en los arrozales de Vietnam. Videla no pertenecía ya, estrictamente, a la generación de tenientes de la revolución de junio de 1943. En este movimiento caro a los peronistas y nacionalistas, no había sido como en 1930 el Colegio Militar (en el 43 Videla cursaba el último año) el que había formado la vanguardia de las columnas rebeldes. En 1943 había correspondido a los plebeyos aspirantes a suboficiales y no a los "caballeros" cadetes del 30, dormir sobre las rojas alfombras de la Casa Rosada. Subteniente de infantería desde 1944, Videla había sido más tarde teniente instructor del Colegio Militar y en 1954, ya con el grado de capitán, egresaría de la Escuela Superior de Guerra. Su trayectoria político-militar internacional comienza a visualizarse luego de la Revolución Libertadora de 1955, cuando al mismo tiempo que vuelve a la "catedral del arma" como profesor de cadetes militares, es designado auxiliar del jefe de la primera delegación permanente que la Argentina enviaría a la Junta Interamericana de Defensa. En junio del 56 otros capitanes de infantería (el "arma peronista") morían fusilados por el delito de rebelión nunca castigado antes con la pena capital. En 1957, el mayor Videla es designado asesor de la Delegación militar en Washington y en 1959 se hace cargo de un curso de Informaciones (inteligencia) en

la Escuela Superior de Guerra, pasando desde ese año hasta 1961, de jefe del batallón de infantería a jefe del cuerpo de cadetes del Colegio Militar, ya con el grado de tte. coronel. Valorado como docente de cuadros y reproductor de doctrinas dentro de la institución, Videla comienza a foguearse en las segundas líneas de la política militar nacional cuando revista en la subsecretaría de guerra y el estado mayor general del ejército, durante 1962 y 1963, años de golpe de Estado y enfrentamientos. Ya instalado el gobierno de Illía, marcha en 1964 a los cursos de entrenamiento dictados por el ejército de EE.UU. en las escuelas de contrainsurgencia de la zona del canal de Panamá, antes de su ascenso a coronel en 1965. El gobierno radical frustraría la primera experiencia contra-revolucionaria de Videla y sus camaradas, al oponerse Illía y el parlamento a la integración de las FF.AA. en la "fuerza interamericana de paz" que aplastó la revolución nacionalista del Cnel. Caamaño Deño en Santo Domingo en 1965. Antes del golpe de 1966, Videla había obtenido todos los atributos del oficial hiper-profesionalizado por los *rangers* empeñados en Vietnam, al mismo tiempo que sería politizado en las concepciones de la seguridad hemisférica —y su misión nativa de la seguridad policíaca interna—. <sup>32</sup> Por expresiones de un informe de 1963 referido al Programa de Asistencia Militar presentado al congreso norteamericano sobre los resultados del entrenamiento de latinoamericanos comenzado en 1953, los objetivos perseguidos no eran sólo bélicos sino también de formación de líderes militares que pudieran restablecer la democracia y la estabilidad política en cualquier país de la región en que fuera vulnerada. <sup>33</sup> En 1966 el Cnel. Videla tomaría a su cargo un curso de estrategia para nuevos coroneles en el Centro de Altos Estudios; de entre ellos saldrían los futuros comandantes, ministros y gobernadores de la dictadura que encabezaría diez años después, de 1976 a 1981. La dinámica político-militar interna de las FF.AA. la había podido aprehender entre 1966 y 1968 como oficial del Estado Mayor General, del Tribunal de Honor y de la Junta de Calificaciones. El gobierno peronista de 1973 lo heredaría en el máximo sitial honorífico para un oficial profesionalista, la dirección del Colegio Militar, cargo al que había accedido a principios de 1972 recién ascendido a general. Durante 1973-1975, arribaría a los tres puestos políticos más importantes de la cúpula de las FF.AA.: jefe del EMG, jefe del EMG inter-armas y comandante en jefe del ejército. Era del orden natural de las cosas (por lo menos en la Argentina) que aspirara a la presidencia de la nación. <sup>34</sup>

Entre el 8 y el 16 de marzo de 1976 se suceden nerviosas reuniones entre los mandos y entre éstos con el ministro de Defensa Dr. Mario R. Deheza. El día 16 éste se hace eco de las presiones golpistas al declarar casi legitimándolas que las FF.AA. estaban prontas a actuar en caso de "caos generalizado o de vacío de poder". El mismo día Videla corresponde a su atención con la elemental táctica de inteligencia militar de *encubrir la acción decisiva para lograr la máxima sorpresa*, empleando sus conocimientos profesionales al servicio de la subversión anticonstitucional. No declara que para las FF.AA. el diagnóstico ya prescribe inmediata intervención. Pone en práctica en cambio *maniobras de distracción*, superando el pecado de "deslealtad" que Rattembach repudiaba en los golpistas impenitentes al lograr transformar el golpe en una maniobra más de la lucha contrainsurgente —ocupación de todos los espacios en disputa para lanzar la ofensiva final— bajo la conducción "natural" de las FF.AA. y con una cohesión sin la más mínima fisura. La intentona previa del brig. Orlando Capellini queriendo reeditar pronunciamientos abiertamente frontales y caudillescos era cosa de patriadas en desuso, Por eso Videla podía declarar sin turbarse, cuando faltaban ocho días para un golpe ya decidido: "... las FF.AA. no sienten ninguna vocación por el poder, pero ellas están siempre prestas a intervenir en caso de urgencia". <sup>35</sup> Biologismo político que evoca la imagen de una FF.AA. -cirujano que autodeciden el límite de enfermedad social a partir del cual hay que operar. Cuando el 22 de marzo los diarios dan cuenta de los primeros movimientos de tropas, no había manera de asombrarse; la generación militar del 55, la de Videla, Viola, Galtieri y Bignone, había aprendido en 1955, en 1962, y en 1966 una sola manera de relacionarse con el pueblo: la violencia. Pero Videla, Massera y Agosti no giraban en la confusión doctrinaria del golpe de 1962 contra Frondizi, cuando la presidencia de facto le fuera arrebatada a último momento al gral. Poggi por el Dr. Guido, a impulso del legalismo militar. Tampoco Videla se destacaría caudillescamente de sus pares de la armada y la aviación, como se había presentado Onganía en 1966. Más bien, su preeminencia en el rol presidencial estaría dada *naturalmente* por la preeminencia estratégica del ejército en las operaciones contrainsurgentes. Aunque en ambos terrenos, el de la guerra y la política, le disputaría el espacio su histórico adversario profesional e ideológico, la marina de guerra, que el Alm. Massera impulsaría a la primera línea de aniquilamiento subterráneo y anónimo a través del fanatismo "occidental y cristiano" de la versión criolla de los marines. <sup>36</sup>

### c) La hazaña inenarrable de la guerra sucia y el espíritu militar señorial

Los héroes militares (o militarizados) de la Independencia, los de la guerra del Paraguay (1870-1875) y en particular, los de la conquista del Desierto(1879), serían el espejo glorioso donde pretenderían reflejarse históricamente los oficiales de la "guerra sucia", dada por concluida en 1979 como culminación de un ciclo milenar del ejército "civilizador". El primer mártir moderno reivindicado, el gral. Pedro E. Aramburu, ex-presidente de facto (1955-1957), asesinado por un comando montonero en 1970 en publicitada represalia por la

responsabilidad asumida en los fusilamientos de 1956, encabezaba las invocaciones a la lucha. Los caídos en emboscadas y combates como el teniente Asúa en 1971, el gral. Sánchez en 1972, el tte. Cnel. Ardoy en 1973, el tte. Iro. Cáceres en 1974 y el subt. Berdina en 1975, entre más de un centenar de bajas del ejército junto al resto de los oficiales victoriosos, venían a representar, *mutatis mutandi*, los nuevos Sandes y Lavalles de las campañas contra los "bárbaros" caudillos federales, los nuevos "Rivas, Díaz, Charlone y otros mil" de la guerra contra las "bárbaras" huestes paraguayas, los nuevos Rocas, Villegas y Fotheringham del ejército de línea contra el "bárbaro" indio pampa y sus proveedores chilenos. Pero sepultados en la memoria historiográfica político-militar, y al lado de algunos nuevos Levalles herederos de la represión y combate "limpio" contra los revolucionarios del Parque en 1890, parecían resurgir también los nuevos émulos de los Falcón y Varela víctimas de sus crímenes político-sociales contra el anarquismo proletario en 1910 y 1924, los nuevos Lugones (hijo) de la "sección especial" de la policía contra los comunistas de los años 30, los nuevos. Lombilla de las torturas a opositores en los 50, los nuevos Fernández Suárez y Cuarantas de los secuestros y masacres oscuras contra peronistas en 1956, los nuevos torturadores y asesinos del Estado de sitio casi perenne hasta nuestros días.

Enero de 1974, fecha del exitoso asalto guerrillero a una guarnición poderosa de la provincia de Buenos Aires, había sido el punto de partida. El mayor Ibarzábal cautivo en esa acción y encontrado asesinado en noviembre en una "cárcel del pueblo" del ERP, fue proclamado como el símbolo martiroológico del llamado a degüello, el signo del abrazo de la cruz con la espada. Episodios como éste y el del capitán Viola - baleado y muerto junto con una pequeña hija en Tucumán quedando otra hija gravemente herida— se entroncan con el furor homicida que se desató con inaudita intensidad a posteriori de marzo de 1976.

Al eliminarse todo freno constitucional la vindicta abarcó también el exterminio de familiares no militantes de conocidos jefes guerrilleros, como los del montonero Vaca Narvaja o el comandante del ERP Mario Santucho. Esta vorágine genocida, cuyos detalles horriblos conocidos a través de relatos de sobrevivientes de centros de reclusión de secuestrados, tortura y eliminación causan dolorosa repugnancia, sugiere la pregunta de por qué y cómo se había llegado a tal grado de aberración moral —más allá de los perfiles patológicos de los ejecutores directos—. <sup>37</sup> La respuesta debería desentrañar el sustrato antropológico-político *sui generis* que alimentó al profesionalismo contrainsurgente preparado en la década del 60 y practicado en la del 70. El valor superior de la guerra ideológica (reemplazante de la disputa política) como modelo de comportamiento social y estado de pureza espiritual, que en la guerrilla adquirió sus propias características —ora homicidas, ora suicidas, ora heroicas— fue proyectado hacia el conjunto de la sociedad por el poder militar superpuesto al poder del Estado. Al ser eliminada su función de arbitraje del equilibrio de dominación, el sentido de la lucha contra la "subversión" —en tanto ésta buscaba quebrar la hegemonía de la burguesía y sus instituciones protectoras— se transmutó subjetivamente en la causa de una guerra santa. En vísperas del golpe de Estado, cuando el ejército ya festejaba su triunfo en Tucumán, una publicación de la biblioteca del Círculo Militar aparecida en marzo de 1976, planteaba la tesis y antítesis del hombre argentino en los términos siguientes:

"Lo que nos pasa a los argentinos es que tantos años de paz nos han apoltronado... gracias a Dios, no han apoltronado a los cuadros de nuestro Ejército, que en cada momento está brindando ejemplos de coraje, de resolución y de capacidad combativa. Es probable que se hayan apoltronado las mentes débiles, contaminadas por sutiles y variadas propagandas ideológicas, que han posibilitado la acción de bandas de alienados. Pero esa muchachada sana, física y moralmente, representada con virilidad por los oficiales y suboficiales jóvenes... ¡bendito sea Dios! lejos está de haberse apoltronado". <sup>38</sup>

Argentino auténtico era pues el soldado profesional, el *varón* militar. Del civil común siempre podría sospecharse, a menos que fuera conscripto o demostrara lo contrario, indiferencia a la guerra y a la religión (... y a la mujer?). El guerrillero no pasaba de ser una mezcla de delincuente, insano mental (o drogadicto) y sus dirigentes simples mercenarios de los países marxistas. La neutralidad era delito de traición a la Patria: no había esa "tierra de nadie" donde solían confraternizar las tropas enemigas en lapsos entre combates durante las guerras clásicas. Al guerrillero prisionero no se le reconocía la condición de beligerante protegido por la Convención de Ginebra, a pesar de que vistiera uniforme y enarbolara bandera propia, como el ERP en Tucumán.

Consolidada ya la lucha a favor de las FF.AA. durante el año 1977, y luego de un silencio literario —y quizás funerario— que abarcó desde diciembre de 1975 hasta diciembre de 1977, la Revista Militar volvía a reaparecer en su carácter de órgano de difusión de la ideología interna del ejército, único con distribución al total de los oficiales en todo el país y en el extranjero. A través de artículos escritos por militares en actividad y retiro, y por algunos civiles de plumas geopolitistas, volvía a presentar con persistencia ciertos temas internacionales que, como el del Beagle o las Malvinas, o el de la amenaza soviética en el Atlántico Sur, mantenían la opinión institucional de los cuadros en estado de preparación pre-bélica orientada hacia una guerra fronteriza, aeronaval y terrestre, más narrable que el aniquilamiento físico de prisioneros indefensos. En las páginas de la R.M. de 1978 a 1981 no aparece ningún relato sobre hazañas de la guerra antisubversiva, como sí ocurre con episodios de la conquista del desierto cuyo centenario se cumplía en 1979 coincidiendo con las declaraciones oficiales de derrota total de la subversión. En cambio se destaca en solitaria argumentación —balbuceo extremadamente

rudimentario acerca del sentido filosófico social de la lucha contra el enemigo rojo— el artículo de un capitán en actividad titulado "El militar en el Universo del hombre". En lo que pareciera ser el intento de una autojustificación subconsciente sobre la necesidad de ocultar los métodos represivos antisociales y antihumanos empleados, reconoce que: "el individuo vive permanentemente presionado por barreras morales que... lo obligan a (actuar) dentro de los cánones (de la) sociedad, obligándolo en oportunidades a encubrir algunas de sus acciones, que por no encontrarse dentro de las reglas (sociales)... podrían llegar a provocar una reacción negativa entre sus congéneres".<sup>39</sup>

Pero en la lucha sin cuartel entre las "rojas garras ensangrentadas" y los que con fe en Dios "como los viejos cruzados" los enfrentan, se reproduciría la eterna batalla de la nobleza contra la plebe, la dialéctica fatal entre un tipo superior de hombre y el pecador hombre común, asumida por los arcángeles de la justicia capital que Dios habría reconocido en los militares argentinos. Según el capitán-autor (quien paradójicamente sería dado de baja cuando un tribunal militar del Proceso lo halló culpable de irregularidades y abusos de autoridad denunciados por miembros de un sindicato donde cumplió funciones) un ser humano cualquiera puede optar entre el bien y el mal; "en cambio, el militar tiene un sólo camino: el del honor, el del deber, el de la casi abstinencia de los vicios mundanos. Ceder ante la presencia de uno de ellos, significa perder la condición de caballero". ¿No es forzoso deducir entonces que todo "acto de servicio" a una santa causa, incluso aquél que se apartase de las reglas morales, debería estarle permitido a la noble estirpe de los oficiales? ¿Acaso los caballeros de otras cruzadas no les cortaban las orejas y les vaciaban los ojos a sus enemigos en las guerras santas del medioevo, sarracenos o cristianos escindidos del poder papal? ¿Acaso no torturaban y quemaban a los herejes? ¿Acaso no saqueaban sus hogares y violaban a sus mujeres antes de asesinarlas? El servicio de las armas que seguía siendo sagrado estando al servicio de Dios, impedía a los herederos contemporáneos de los templarios perder su condición de caballeros y cristianos por crímenes de fe. Aún cuando debían ocultarlos a la vista de una sociedad débil y enferma que no comprendería las duras acciones de sus propios guerreros.

Aquellos votos de pureza heráldica no eran meras alucinaciones de un fanático capitán con necesidad de catarsis literaria después de tanto horror. La *nobleza* militar argentina tenía su propia liturgia hereditaria que no se transmitía por la vía de la sangre sino por la consagración en el rito espiritual bélico de los mayores. En 1980 el gral. (R) Emilio Bolón Varela recuerda que el origen del espíritu militar nacional se afínca en la vigencia indeleble de la "Patria" como tierra de padres o progenitores. Y era aún hoy, avanzado el último cuarto de siglo XX, básicamente el mismo que imperaba en las fuerzas del virreinato del Río de la Plata regidas por las "Ordenanzas" de Carlos III, dictadas en 1768 para los ejércitos de la monarquía española. El espíritu militar *argentino* que, según B. Varela, tendría su nacimiento durante las invasiones inglesas (1806-1807), se habría continuado en la persona y la obra del gral. José de San Martín educado en la tradición marcial de dichas ordenanzas reales. Esto, que podía ser válido para la simbología sanmartiniana cristalizada en el bronce del guerrero, obviaba el civilismo caro al anciano San Martín que, desde el autoexilio francés, escribía en 1829 a su amigo Guido a propósito de las facciones políticas que lo proponían como el "salvador" prestigiado por sus victorias para encabezar un gobierno militar "vigoroso": "... ¿será posible, sea yo el escogido para ser verdugo de mis conciudadanos, y cual otro Sila, cubra mi patria de proscipciones? No —jamás, jamás— mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan, que ser yo el instrumento de tamaños horrores; ... después del carácter sanguinario con que se han pronunciado los partidos, no me sería permitido por el que quedase victorioso usar de la clemencia necesaria (...) (a) la patria... se le debe sacrificar la vida e intereses, pero no el honor".<sup>40</sup>

#### d) La militarización de la ciudadanía en el molde marcial de los imperios

Históricamente forjado en el siglo transcurrido entre la iniciación de la guerra de la independencia hasta la terminación de la campaña del Chaco (1812 a 1912), es decir, desde la configuración de las fronteras externas hasta la consolidación de las fronteras internas, el *esprit de corps* es para los militares de la Argentina contemporánea el hábito sustancial que da vida a la estructura interna de la jerarquía castrense, la esencia indestructible de la cohesión vertical de los cuadros. Una savia milenaria, reivindicada como distinta y superior a la unidad del espíritu nacional que podría adjudicarse a la ciudadanía común. Ese *espíritu santo* del sacerdocio de las armas, supone el "orden, gradación, categoría, que sólo pueden tener o adquirir las instituciones y los estamentos primordiales... (que fundamentan) el título del grado (del oficial) que es título nobiliario de su señoría".<sup>41</sup> No eran éstas sin embargo elucubraciones metafísicas de un general de la GM55 cumpliendo un papel ideológico interno mientras sus camaradas conducían el Proceso. Sorprendentemente, el tronco común del espíritu militar argentino, a pesar de su desenvolvimiento de más de un siglo y medio, todavía gozaría del impulso *fundante y vivificante* de aquellas pre-revolucionarias ordenanzas coloniales. Muchos de sus principios normativos acerca de las relaciones jerárquicas, disciplinarias y honoríficas, habrían sobrevivido a su abrogación, en 1884, por nuevos códigos militares inspirados en el ejército imperial del Kaiser vencedor en la guerra franco-prusiana de 1870. En la opinión de un articulista contemporáneo de la Revista Militar, felizmente

"las sabias disposiciones (de las Ordenanzas de 1768) están calcadas en el Reglamento de Servicio Interno o de Guarnición actual". Señalaba que si se lo coteja con las viejas ordenanzas de Carlos III "se verá como... sobreviven lozanos principios que han demostrado ser buenos en todo tiempo".<sup>42</sup>

A partir de 1930 la historia de los golpes —con el antecedente de conspiraciones de conservadores militares desde antes del ascenso de Yrigoyen al poder en 1916— está ligada a la creciente autonomía corporativa de las FF.AA., prefigurada desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en contraposición con el surgimiento de las corrientes democráticas cívico-militares insurreccionadas con la Unión Cívica (luego Radical) desde 1890. Una de las respuestas —sólo una— sobre la génesis del militarismo argentino está ubicada, como otras claves sociopolíticas de la derrota recurrente de la democracia por el autoritarismo, de las clases medias y populares por las oligarquías, de la autonomía nacional por la dependencia transnacional, a comienzos del siglo. En 1901 se estableció que *todo ciudadano* de 20 años de edad estaría sujeto a un sorteo por el cual, en un porcentaje variable de acuerdo con las necesidades y presupuesto de reclutamiento, debía pasar por un período obligatorio de uno a tres años de *entrenamiento militar*. Esto no sería compensado por ninguna ley que propusiera la obligatoriedad de *todo militar* de pasar por alguna etapa de *entrenamiento ciudadano*, luego de su egreso de la escuela militar o naval entre los 18 y 20 años de edad. Aún cuando esto último no pudiese ni siquiera ser considerado como una "alternativa histórica suprimida" y sólo sería el producto de una especulación teórica retroactiva, lo cierto es que la verticalidad y rigidez de la socialización castrense adquirió un privilegio legal sobre la horizontalidad y fluidez de la socialización civil (por lo menos en lo que hace a los principios constitucionales referentes a los derechos jurídicos, políticos y humanos abrogados por el código de justicia militar durante el período "bajo bandera"). Fue la élite liberal autoritaria de la generación del 80 la que, ante la convergencia histórica del ascenso de la contestación anarquista por un lado, y el insurreccionalismo de la oposición yrigoyenista por el otro, tomó la decisión, entre otras medidas represivas y consensuales de 1901 a 1912, de *regimentar* al ciudadano. En particular al de las clases subordinadas populares impedidas de obtener excepciones "de clase" al servicio militar. Un hijo de inmigrantes nacionalizado en la subcultura del patriotismo *impoluto* del Colegio Militar, el gral. Pablo Ricchieri, de regreso de un largo periplo de perfeccionamiento en las escuelas militares europeas en las décadas del 80 y 90 del siglo XIX, imbuido de la doctrina de la "nación en armas" de Von Moltke (luego la "paz armada" que precede a la Gran Guerra) y en su condición de ministro de guerra de Julio A. Roca, encarga a un oficial prusiano incorporado al ejército durante la campaña del desierto la redacción de la ley argentina de servicio militar conscripcional.<sup>43</sup> El imperio colonial español, y luego de la influencia francesa técnico-militar en el período de organización nacional (1853-1880), el imperio neo-colonial prusiano, habían contribuido al reforzamiento de un *ethos* marcial *no republicano* desde la disolución de los ejércitos de la independencia —que combinaban al ciudadano en armas con el esclavo liberto y el peón criollo al servicio de los caudillos regionales—. La constitución de las FF.AA. sobre la base del soldado conscripto, correspondió a la menos gloriosa función de *asegurar* las nuevas formas de dominación social en la democracia ampliada desde principios de siglo y las nuevas formas de la dependencia en la segunda mitad del siglo XX. Para que la "excelsa servidumbre" de las armas pudiese servir a ese cometido aún a costa de la voluntad emancipadora de las fuerzas populares y democráticas, la nueva función pretoriana de las FF.AA. debía ser revestida con una convocatoria sagrada a las filas, un discurso que exaltara algún fin superior fundido con aquél que sólo Dios podía otorgar. B. Varela define a la conscripción obligatoria así: "el ciudadano en servicio, por única vez en su existencia se siente regido y amparado... por un interés superior a todos los intereses, por una devoción que excede a todas las devociones ya que Dios reconoce y bendice al que ama intensamente a la Patria terrenal que es la antesala penitencial y virtuosa de la Patria celestial".<sup>44</sup>

El intento no acabado de insertar una "doctrina nacional" en las FF.AA. en la etapa de 1943 a 1955, ofició como transición entre el prusianismo remanente en la década de 1930 y la norte-americanización paulatina iniciada con la adaptación organizacional a las enseñanzas de la "guerra mecanizada" que EE.UU. ofrecía a los ejércitos latinoamericanos junto con los préstamos, arriendos y donaciones de material de rezago, *a cambio* de la ratificación del TIAR (Argentina lo hizo en 1950).<sup>45</sup> Con todo, el peronismo trató de dotar de algún sentido social a la obligación del proletariado rural e incipientemente urbanizado de pasar por las filas, incrementando en los cuarteles las escuelas de alfabetización e incluso ensayando prácticas de reconversión laboral.<sup>46</sup> Después, las teorías de la guerra fría y contrarrevolucionaria, impulsadas en la década de 1950 por la guerra de Corea e Indochina francesa, y afirmadas en la década de 1960 por el surgimiento de la Revolución Cubana, la liberación de Argelia y la guerra de Vietnam, hicieron del soldado argentino un *ciudadano inerte* a su instrumentación al servicio de la negación ética y cultural de la Constitución política nacional.

*e) La dictadura es República, la política es Estrategia y la guerra es Civilización.*

En la interpretación ahistórica de textos recortados de la Constitución Nacional estriba uno de los fundamentos oscuros de la aparente contradicción lógica representada por la alianza entre el liberalismo económico-social de la "derecha sin votos" argentina y el totalitarismo político-militar de las FF.AA. en las décadas de 1960 y 1970.

Los ideólogos militares de los gobiernos "de fuerza" en cualquiera de sus variantes —a excepción de una minoría de nacionalistas ortodoxamente anti-liberales— encuentran depositados los ideales supremos de la "gran política", unívoca con los fines del Estado-Nación (para los corporativistas) o de la República (para los liberales), en el Santo Grial del "Preámbulo" de la carta magna de 1853, obviando la reforma de 1949 que introducía los fines de justicia social, independencia económica y soberanía política caros a la democracia de masas peronista.<sup>47</sup> Conceptos como los de "unión nacional", "justicia", "paz interior", "bienestar general", "libertad" y en definitiva "Constitución", son abstraídos y elevados a la categoría de objetivos estratégicos de largo plazo. El fin último del intervencionismo militar desde 1955 sería una democracia representativa ideal, superior a la que, en tanto masiva, disruptiva y "débil" a causa de las "exageradas" demandas populares y laborales, es vivida por los militares como defectuosa. Los intelectuales militares de los años 70 — profundizando especulaciones precursoras de los años 60— se pusieron a la tarea de diseñar *manu militari* una constitución política-castrense que asegurase secularmente el "Fin" nacional del Preámbulo de la Constitución mediante una "Política" nacional *refundada* a partir del ejercicio del poder total, Lanzados a la búsqueda de los verdaderos "objetivos nacionales" y de las "políticas nacionales" necesarias para llevarlos a cabo, optaron por el recurso de exagerar el recuerdo de las glorias pasadas para dominar la ilusión grisácea del presente, que luego del triunfo antisubversivo se presentaba peligrosamente vacío de contenido. Para todos (con la excepción solitaria de algún enamorado del "nacionalismo auténtico... de Tupac Amaru, de Pincén, de Catriel" donde estaría perdida la verdadera nacionalidad americana aplastada por los inmigrantes, la insidia de los ingleses y la cobardía de los que culpan al imperialismo de todos los males argentinos),<sup>48</sup> el paradigma de objetivo nacional-política nacional *fundante de la Nación* es la conquista del desierto monopolizada por el ejército de Roca. Los objetivos nacionales *no logrados* por los gobiernos posteriores a la república conservadora clausurada en 1916, irían desde la colonización de la Patagonia, la plena ocupación laboral y la producción de energía nuclear en gran escala, hasta la afirmación de los derechos sobre el Beagle y la recuperación de las Malvinas. Los gobiernos civiles, y los procesos militares que como los de 1955, 1962 y 1966 hicieron concesiones a la "politiquería" habrían fracasado en razón de que el dominio de la *política estratégica* no se derivaría automáticamente de la constitucionalidad de los mandatos sino de algo mucho menos visible que los votos: la conciencia y voluntad de *hombres capaces* que no siempre lograrían alcanzar las cumbres del poder en pueblos desorientados por la demagogia y las políticas de facción. La Política Nacional superior a las políticas partidarias sólo les parece posible "en pueblos de élite en el conjunto de las naciones... guiones morales y señeros en la marcha fluctuante de una civilización vacilante, áreas luminosas en la vastedad de un mundo en la penumbra".<sup>49</sup> Dentro de la maniquea declamación sobre la corrupción creciente del occidente cristiano frente a la agresión sutil y terrorista del oriente comunista, la Argentina parecía emerger para los conductores del Proceso y la clase política y militar reinante, como un raro campeón vencedor de la guerrilla extremista y foco ejemplar de la occidentalidad. Videla podía llegar a ser el Roca del siglo XX, en tanto, un milenio después de la organización nacional culminada por la conquista del desierto, el ejército volvía para reorganizar a la Nación. Liberales como el gral. Tomás A. Sánchez de Bustamante y nacional-desarrollistas como el tte. cnel. Orsolini están de acuerdo en cuanto a la cualidad ejemplar estratégico-política del ejército y de la élite cívico-militar de la generación del 80.<sup>50</sup> Distintos militares señalan paradigmáticamente *la diferencia* entre la conquista del salvaje *far west* norteamericano en la cual los granjeros y pioneros civiles habían precedido a los escuadrones militares, y la conquista del sudoeste pampeano en la cual el ejército argentino habría sido una vanguardia por demás adelantada, en solitaria tarea constructora. El extremismo ideológico representado antes del golpe de 1976 por el gral. O. Villegas —el ejército como punta de lanza de la consumación geopolítica argentina— tendría su epígono en el gral. B. Varela, quien nutrido en ése y otros longevos escritores de la GM43, encarna la síntesis de los lugares más comunes y los mitos más fantásticos internalizados por los oficiales de la GM55. Todavía en 1980 cuando el Proceso comenzaba su etapa de crisis, señalaba:

"... nuestros milicos, por la genialidad de Roca, precedieron con medio siglo (sic) de ventaja al establecimiento masivo de colonos. Si la civilidad, en el gobierno o en la empresa, hubiera actuado con la diligencia y dinamismo del Ejército, la Patagonia no estaría esperando todavía los beneficios del progreso".<sup>51</sup>

Esta descarnada interpretación militarista del florecimiento de la Argentina de las mieses, las lanas y las carnes constituida sobre los territorios arrancados a sangre y fuego a las economías de praderas sin alambrados de aborígenes y gauchos nómades, estaba obnubilada para sacar otras conclusiones. Por ejemplo, acerca de los resultados comparativos entre la colonización agropecuaria e industrial proteccionista apoyada por la fuerza de las armas del modelo de desarrollo "hacia adentro" norteamericano, y la colonización militar del liberalismo conservador que generó la consolidación del latifundio de monoproducción extensiva en el modelo de desarrollo "hacia afuera" argentino, y sentó las bases del subdesarrollo industrial dependiente parcialmente paliado por las dos guerras mundiales. Si la generación del 80 había diseñado la prosperidad argentina gobernándola férreamente hasta la primera década del siglo XX, con idéntica autoridad, luego de la derrota de la nueva barbarie armada representada por la guerrilla para los generales y economistas del Proceso, la nueva victoria guerrera daba derechos para establecer una nueva estrategia nacional sin posibilidades de contestación hasta por

lo menos el fin de siglo. Una vez dictados los objetivos y políticas nacionales por la élite generacional de 1980, entonces podrían los sucesivos gobiernos militares y/o constitucionales, encarar los "objetivos políticos sectoriales" y cumplir las "políticas gubernamentales específicas" derivados de la revelación previa y fundante de un plan estratégico inamovible. La selección entre objetivos opcionales puestos en lugar prioritario por el Plan de Reorganización Nacional y la ejecución sucesiva de políticas parciales por parte de las administraciones heredadas del Proceso, gozaría de la misma *libertad* de acción que la permitida a un comandante de un escuadrón de tanques cuando una vez fijada la dirección general del ataque por el comando superior estratégico, puede tomar la iniciativa de inclinarse un poco más a la derecha o a la izquierda según las conveniencias tácticas de la batalla. Los gobiernos surgidos del juego de los partidos políticos y sectores socioeconómicos del país, sólo estarían capacitados según esta visión totalizante y estratégica de la política, para llevar a buen término "las políticas" de corto y mediano plazo. Porque el común de la ciudadanía no poseería los elementos para la comprensión global y desinteresada de la "gran política nacional", hermana gemela de la "gran estrategia nacional", en suma, de la Política de la Nación orientada por la Razón de Ser de la República hacia el logro de la Potencia de la Patria, y para un futuro mediato, luego del sacrificio insoslayable, también de la Felicidad del Pueblo. Las FF.AA. de 1976, coma se venía ensayando desde 1962, en tanto depositarias históricas de la construcción de la Argentina moderna, monopolizadoras de la ciencia estratégica y quintaesencias del honor nacional, reasumían definitivamente, por derecho natural y divino, la iniciativa...

En el año de 1980, el cte. en jefe gral. Leopoldo F. Galtieri, intentando legitimar en el frente interno el "diálogo" iniciado por el presidente Videla con sectores políticos afines al Proceso, advertía a sus camaradas que las FF.AA. no perseguían traspasar la iniciativa política a la civilidad. Muy por el contrario, sólo querían escuchar "corrientes de opinión" que eventualmente pudiesen constituir la "herencia del Proceso". Se invitaría a los partidos políticos a "canalizar" las opiniones de sus parciales para buscar las mejores "formas de instrumentación" de los valores del sistema que las FF.AA. establecerían para la República, sobre la base de un acuerdo previo que dotara de consenso y unidad a la política y al régimen político emanados de su legado histórico. Se permitiría la pluralidad y el disenso sólo respecto a los *medios o políticas* para llevarlo a cabo, pero quienes se opusieran a la política que se quería legar a la Nación, se convertirían en "enemigos del sistema" y por tanto, en "enemigos de la República". No obtendrían el derecho de ser escuchados quienes quedaran afuera del "Movimiento de Opinión Nacional", renovada entelequia del viejo mito antipopulista de las *mayorías silenciosas* que afanosamente buscaban las FF.AA. desde 1955, en su intento de aglutinar la voluntad política antidemocrática y antipopular de un 20 o 25 % de la población, sistemáticamente derrotado en las urnas desde 1916, incluso en las victorias pírricas del desarrollismo frondicista en 1957 y del radicalismo democrático en 1963, encorsetados y derribados por la prepotencia militar. El MON, versión orgánica de la generación de apoyo que Villegas reclamaba en vísperas del golpe de 1976, sería el lugar de militancia subordinada para todos aquellos que coincidieran con la óptica de las FF.AA., para las cuales, como corolario de las definiciones elaboradas en los primeros cuatro años del Proceso, "la política es... una milicia patriótica que se emprende para guiar el país hacia su destino".<sup>52</sup> Pero no todo era *locura* política y mesianismo represivo en el Proceso. La confrontación guerrera externa se había casi engarzado con la finalización de la gesta contrainsurgente hacia fines de 1978 y principios de 1979, en el climax pre-bélico con Chile por la cuestión del Beagle y las tres islas; una discordia *funcional* a la exportación de los problemas internos que afrontaban Pinochet y Videla. Y la *locura* belicista agitada en las aguas del Atlántico Sur terminaría estallando luego del fracaso de la cooptación dialoguista más intensa intentada por el nuevo presidente gral. Roberto Viola (marzo de 1981) y la frustración de la "cría" civil de la dictadura militar. La asunción de Galtieri en noviembre de 1981, en el papel de exorcista del temido "estallido social" —insinuado el 30 de marzo de 1982— desembocaría en la reconquista de las Malvinas el 2 de abril, cuya cruenta recuperación por Gran Bretaña el 10 de junio cerraría el ciclo fundacional del Proceso.

Así como las consecuencias de los "errores" interpretativos de la democracia ideal y la adopción de métodos criminales de guerra ideológica llevados al paroxismo después del golpe de marzo de 1976, habían tenido sus profetas entre militares de la GM43 en la década de 1960 y principios de los 70, el gran desatino de principios de los años 80 tendría también, esta vez en un oficial de la GM55, su propio visionario. El Tte. Cnel. Florentino Díaz Loza, luego de su prisión y retiro obligatorio por su liderazgo en la intentona nacional-populista de 1971 contra Lanusse, urgiría en 1972-73 a elaborar una nueva hipótesis de conflicto continental, una nueva organización de combate eficiente y una nueva doctrina de guerra nacional, para que las FF.AA. que debían acompañar la etapa de "Liberación Nacional" que se iniciaba en mayo de 1973, pudieran estar en aptitud de enfrentarse a posibles agresiones de enemigos potencialmente superiores. Díaz Loza abogaba para que el ejército renunciara a desempeñar un papel pretoriano en una "factoría del mundo colonial" y contribuyera a convertir a la Argentina en una "Nación latinoamericana". Proponía que la revolución cultural que necesitaba el conjunto de la población debía tener un carácter acelerado en la transformación ideológica de los cuadros de las FF.AA. La adopción de una doctrina de defensa nacional independiente resultaba en su opinión "un problema de subsistencia" de una profesión desquiciada y una institución desnaturalizada por el mesianismo de los mandos de la Revolución Argentina.<sup>53</sup> El gral. Perón, en su mensaje al Congreso el 1 de mayo de 1974, sintetizaría esta

posición al definir con demasiado optimismo la función de las FF.AA. en su concepción de la "defensa total". "La verdadera tarea nacional es la de la liberación, y nuestras FF.AA. la han asumido con plenitud. La defensa se hace contra el neocolonialismo, y el compromiso de las fuerzas es con el desarrollo social integrado del país en su conjunto, realizado con sentido nacional, social y cristiano".<sup>54</sup>

El 2 de abril de 1982 parecía haber comenzado un utópico viraje histórico con la sorpresiva transformación de las FF.AA. en algo que prefiguraba un perfil anticolonialista de repercusiones ideológicas y políticas inesperadas. Las invasiones inglesas y su doble rechazo a principios del siglo XIX, reemplazarían a la campaña del desierto en la recuperación historiográfica militar, Pero el ejército de 1282 no era el de los batallones de españoles, patricios, pardos y morenos de la Reconquista de Buenos Aires de 1806. Estos no habían resultado débiles e ineficientes frente a las huestes de Beresford como lo serían las FF.AA. argentinas —neocolonizadas en el papel de policía interna del TIAR— frente a la expedición del colonialismo inglés de la NATO, apoyada por todo el mundo del occidente desarrollado en su "escarmiento" a los feroces enemigos de los derechos humanos, pagado con la vida de numerosos combatientes, entre ellos más de 700 adolescentes argentinos.

<sup>1</sup> Un esbozo introductorio de las ideologías militares se encontrará en O'Donnell, Guillermo, *El Estado burocrático-autoritario, 1966-1973*, Ed. de Belgrano, Buenos Aires, 1982, esp. capítulo II, acápite 2) "Modalidades de intervención y corrientes internas en las FF.AA.". En resumen, los "paternalistas" estarían entroncados con las corrientes tradicionalistas de la Iglesia, lejos del fascismo por su conservadorismo hostil a toda movilización política, nostálgicos de una integración social de estilo patriarcal, reticentes frente al capitalismo concupiscente de la gran empresa, fascinados por la racionalidad de la modernización tecnocrática y esperanzados en un corporativismo que englobe al sector popular y las burguesías bajo un orden autoritario despolitizado y más justo en el largo plazo. Los "nacionalistas", también autoritarios y corporativistas, estarían ilusionados en la manipulación de movimientos de masas que realicen la unión pueblo-FF.AA. en contra del comunismo y del capitalismo individualista, liberal e internacionalista; apuntan a un Estado fuerte y productivo en desmedro de la gran burguesía oligopólica y en alianza con un "empresariado nacional" (muy desdibujado por la transnacionalización) para sentar las bases de una "revolución nacional". Finalmente, los "liberales", autoritarios pero no corporativistas, provendrían de las clases altas urbanas y se vincularían con el *establishment* de la gran burguesía nacional y extranjera, y sus profesionales; manejan un discurso democrático que aspira a la superación de las "demagogias" y proclaman sin reservas su fe en el sistema capitalista sin trabas estatistas o populistas, cuya culminación sea una democracia política de prosperidad. O'Donnell menciona un agrupamiento mayoritario pero sin peso político propio que denomina "profesionalistas", los cuales se alinearían principalmente por lealtades y conveniencias marcadas por relaciones de fuerzas intra-institucionales que ellos no manejan. A nuestro juicio éste sería el caso de Rattembach pero, en tanto retirado antes de 1955 y perteneciente a una generación militar que llamaríamos del 30, marcada pues por las contradicciones de un profesionalismo fluctuante entre la "prescindencia" a ultranza y el liberalismo intervencionista "corrector" de los desbordes populistas.

<sup>2</sup> O'Donnell, G., *op. cit.*, pág. 57.

<sup>3</sup> Véase Rattembach, Benjamín, *Estudios y Reflexiones*, Biblioteca del Oficial, volumen 438a., Buenos Aires, abril de 1955. Abandonando el tratamiento estricto de cuestiones de táctica y estrategia relativas a la ciencia de la guerra, Rattembach comienza en esta obra a abordar temas geopolíticos, históricos, filosóficos y sociológicos de la profesión de las armas y sus relaciones con el fenómeno más amplio de la lucha humana por el poder, el prestigio y la riqueza. Analiza la evolución de los diferentes tipos de guerra y la contradicción entre la escalada de los mayores niveles de destrucción y violencia desde la 1ra. Guerra Mundial y la multiplicación de proyectos internacionales de paz mundial destinados al fracaso. Reclama el regreso a las fuentes de un Clausewitz cuya obra *De la guerra*, más allá de las nuevas tecnologías bélicas surgidas desde la 2da. Guerra Mundial, contendría principios éticos respetados por los grandes conquistadores y estrategas como Federico el Grande, Napoleón y Von Moltke, que serían vituperados a su juicio por el totalitarismo criminal nazi y por las prácticas aberrantes de los devastadores bombardeos aliados. Pasa revista, además, a las tesis sobre el fundamento recóndito de los conflictos violentos del politólogo Maquiavelo, el sociólogo Comte, el antropólogo Kluckon, el biólogo Huxley, el historiador Toynbee, el psicólogo Freud y el filósofo Russell.

<sup>4</sup> El mariscal Von der Goltz fue el delegado imperial del Kaiser a los festejos del centenario de la Revolución de Mayo en 1910. Rattembach relata que su visita al colegio donde estudiaba despertó su vocación militar. Luego ya como oficial durante la década de 1920 seguiría con admiración sus acciones en Bélgica y Turquía en la Gran Guerra, sobre las cuales traduciría y escribiría algunos trabajos. Por su parte Perón publicó en 1931 *El frente oriental en la guerra de 1914-18*, donde reconoce la inspiración de Goltz.

<sup>5</sup> Ernesto López, en *Militares y Política en América Latina, México, mimeo*, 1980, al analizar los enfoques teóricos que privilegian el efecto causal de la situación social global y menosprecian la intencionalidad y voluntad política de los actores militares concretos ("tesis de la instrumentalidad"), dice que las intervenciones político-militares presentan "una lógica derivada de una *confrontación/interacción* de una doctrina rectora de una voluntad (militar), con una realidad (social), la que dotaría de sentido a las conductas políticas de los hombres de armas... (vía comprensiva para) devolverles a los militares su calidad de actores..." (pág. 30). Y más adelante: "Aunque a veces cueste creerlo, los militares piensan, atribuyen significado a los hechos, proyectan, como cualquier actor social individual y colectivo..." (pág. 52).

<sup>6</sup> En 1958 el Círculo Militar rechaza la publicación del trabajo de Rattembach *Sociología Militar*, prologado por Norberto Rodríguez Bustamante, un sociólogo de la izquierda liberal, por "críticas inconvenientes a la institución". Pero en 1959 accede a reproducirlo en la Biblioteca del Oficial pero excluyendo el citado prólogo. Y en 1965 le publica *El sector militar de la sociedad* atendiendo a las razones de Rattembach en el sentido de que "el objeto de la sociología militar no es realizar una crítica desconsiderada y maliciosa" sino el "análisis de la verdadera naturaleza del sistema social castrense, tanto

en bien de la propia institución como de la sociedad misma". Su intento más elaborado en este sentido, donde no faltan citas de Ralf Dahrendorf, Samuel H. Huntington y Wright Mills, agregados a sus lecturas de Comte, Weber y Durkheim, y combinando el "conflicto" con el "funcionamiento" en la cuestión de la pulsión política de los militares, es *El sistema social-militar en la sociedad moderna*, Ed. Pleamar, Bs. As., 1972. Muchas de sus proposiciones serán retomadas en *Sobre el país y las FF.AA.*, Emecé, Buenos Aires, 1975.

<sup>7</sup> El gral. Alejandro A. Lanusse, en *Mi testimonio*, Lasserre ed., Buenos Aires, 1977, deja traslucir el descreimiento acerca de cualquier revolución nacional y la desconfianza respecto al ordenancismo antiliberal, y confiesa con un sesgo autocrítico su antigua fe en la construcción de una República posible, sobre la base de la sumisión espontánea del ciudadano a un autoritarismo corrector legitimado por su finalidad civilista. Dice: "La mayoría de los argentinos consintió, en la práctica, la interrupción del sistema constitucional. Los militares hablábamos pródigamente de Revolución Argentina—como quien habla de la Revolución Americana o de la Revolución Francesa—, y creíamos haber engendrado un gobierno ordenado, prudente y honesto... El Presidente debía aparentar ser un civil... cabeza de una administración de origen militar. No obstante esto, tal administración parecía ser la resultante de una elaborada interpretación de la legalidad republicana y de la doctrina de la subordinación de las Fuerzas al poder civil... (pues) la lógica de su legitimidad estaba en la presunta existencia de una aceptación espontánea por parte de la ciudadanía" (prefacio, pág. 15).

<sup>8</sup> Villegas, Osiris, *Guerra Revolucionaria Comunista*, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1962. Cfr. esp. cap. sobre los errores de la democracia.

<sup>9</sup> Villegas, O., *Políticas y estrategias para el desarrollo y la seguridad nacional*, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1969. Cfr. el capítulo 1, "Filosofía para el cambio nacional".

<sup>10</sup> López, Adolfo Cándido, *Ideario político del gral. Cándido López, s/e*, Buenos Aires, 1969, véanse págs. 10, 11, 22, 77, 83 y siguientes. Arrestado varias veces durante 1968 por su oposición pública a la RA, López pareció perder su expectativa política luego de su peregrinación a las fuentes de la revolución nacional en Madrid—camino de Damasco también recorrido por otros nacionalistas arrepentidos de su antiperonismo del 55— de donde no había logrado regresar unido con la jefatura "táctica" del movimiento nacional (justicialista) cuya conducción "estratégica" monopolizaba pendularmente Perón desde Puerta de Hierro.

<sup>11</sup> Una excelente descripción muy documentada sobre este tema se hallará en Tapia Valdez, Jorge, "La doctrina de la seguridad nacional y el rol político de las FF.AA.", en *Nueva Sociedad*, núm. 47, Caracas, marzo-abril, 1980.

<sup>12</sup> Un exponente extremo de la corriente nacionalista católica elitista—enemigo del desarrollismo frondizista (1958-1962) por su presunta convivencia con la izquierda internacional— es el cnel. Juan F. Guevara. Ex-brazo derecho del gral. Lonardi en 1955 cuando sólo era mayor, durante el interregno de Guido (1962-1963) y el gobierno de Arturo Illía (1963-1966), concentra su acción política contra lo que llama la "complicidad" de las "dos variantes del liberalismo"—los liberales *colorados* y los legalistas *azules*. Al fallar su intento de "romper la anarquía con el puño del orden" luego del golpe contra Frondizi en 1962, cuando es retirado por su declaración de rebeldía invitando a sindicalistas y militares a hacer la revolución nacional (retiro que Guevara atribuye al temor de muchos de sus camaradas de encontrarse ante un nuevo Perón), sólo le quedará la opción de aceptar un exilio dorado como embajador de Onganía en Colombia, luego del derrocamiento de Illía en 1966. Al acercarse el ocaso del onganiano, acusa a los "liberales totalitarios" (se refiere a Lanusse) de alentar la conspiración, contra la Revolución Nacional, de los radicales, conservadores, socialistas y desarrollistas "todos ellos padres putativos del marxismo" (sic), y emprenderá el periplo penitente a la residencia de Perón en Madrid en busca de la piedra filosofal de lo nacional y popular. Cfr. su libro *La Argentina y su sombra, s/e*, Bs. As., 1973, cuya primera edición fue publicada en 1970 luego de la caída de Onganía.

<sup>13</sup> Escudé, Eduardo A., *Por Dios y por la Patria*, Org. San José, Buenos Aires, 1968, pág. 12.

<sup>14</sup> Entrevista personal con el autor en mayo de 1983. Cfr. Orsolini, Mario Horacio, *Ejército argentino y crecimiento nacional*, Ed. Arayú, Buenos Aires, 1965. Este libro fue enviado a todos los oficiales de alta graduación que Orsolini creía constanciados con una posición "nacional", entre los cuales se encontraban generales como Onganía, Imaz y Villegas, presidente, ministro del interior y secretario de seguridad respectivamente en la primera etapa de la Revolución Argentina. Pero los liberales como el gral. Alsogaray y Lanusse quedarían al comando del ejército apenas iniciado el proceso golpista.

<sup>15</sup> Cfr. Orsolini, M. H., *La crisis del ejército*, Ed. Arayú, Buenos Aires, 1964. El texto original fue escrito inmediatamente después del golpe de marzo de 1962 contra Frondizi, con el objetivo explícito de orientar a los oficiales más profesionalistas y legalistas (azules) en relación con un proyecto del Estado Mayor inter-FF.AA. de implantación de una dictadura militar sin ficciones populistas, hegemónica por los oficiales más antiperonistas de orientación liberal (colorados). En relación a la adopción acrítica de la concepción contrarrevolucionaria francesa, advertía que: "la ideología como causa conduce fácilmente a la guerra santa, con los caracteres de ferocidad que le son peculiares; sin pedir ni conceder cuartel; sin reconocer al adversario el carácter de beligerante. Insensiblemente desarrolla en todas las jerarquías del Ejército la tendencia a compartir las ideas de los políticos más extremistas, a imitar los procedimientos del terrorismo adversario y a considerar como enemigo a todo aquél que levante la voz contra ese estado de demencia colectiva, y que se niegue a secundar planes que considera erróneos. El odio pasa a convertirse en el principal impulso de la propia acción, y el miedo en su fundamento recóndito", págs. 52 y 53.

<sup>16</sup> Véase, Guglielmelli, Juan Enrique, *120 días en el gobierno*, Pleamar distribuidor, Buenos Aires, 1971.

<sup>17</sup> Gazzoli, Luis, *¿Cuándo los militares tenemos razón? (de Frondizi a Levingston)*, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1973. Para evitar nuevos golpes de Estado, Gazzoli afirmaba que "la única solución no es juzgar a la democracia en cuanto se refiere a su interpretación sino vivirla y nada más. (...) ¿Quién interpreta mejor el interés del pueblo en estos casos? ¿Las amas de casa que son pueblo, las madres que son pueblo, los obreros que son pueblo o los militares que decimos interpretarlo?", pág. 346.

<sup>18</sup> Gazzoli, Luis, *¿Cuándo los militares tenemos razón? (de Frondizi a Levingston)*, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1973, pág. 3. Véase espec. los cap. "¿Qué es la fuerza armada?", "Nuestra Constitución", "Sobre renunciaciones", "El interés del pueblo",

"La fuerza armada: un país", y "La Moral común interpretada por la moral militar", págs. 302 a 405.

<sup>19</sup> Véase el discurso de Juan D. Perón, el 1 de mayo de 1974, en ocasión de la apertura de las sesiones de las cámaras parlamentarias, especialmente en lo referido a la función de los partidos políticos en una democracia de contenido "social y cristiano".

<sup>20</sup> Para un tratamiento de este concepto en el contexto de una crítica a los modelos analíticos del neo-militarismo – corporativismo, autoritarismo y autoritarismo-burocrático– en el cual se intenta especificar las características de los "regímenes de la Doctrina de la Seguridad Nacional" y "su funcionalidad recíproca con el neo-liberalismo económico", véase Tapia-Valdés, Jorge A., "Nacional-seguitismo e inseguridad laboral" en *Sindicalismo y regímenes militares en Argentina y Chile*, Bernardo Gallitelli y Andrés A. Thompson editores, CEDLA, Amsterdam, 1982.

<sup>21</sup> Villegas, O., *Tiempo geopolítico argentino*, Ed. Pleamar, Buenos Aires, mayo de 1975, pág. 61.

<sup>22</sup> El gral. Carlos A. Caro fue destituido del Comando del II Cuerpo de Ejército días antes del golpe del 28 de junio de 1966, bajo el pretexto de reuniones políticas no autorizadas con civiles, uno de ellos el legislador peronista hermano del general. Representaría un caso de profesionalismo *republicano democrático* (que no está exento de contradicciones en cuanto a la función política que deberían tener las FF.AA., como se verifica en el discurso del cnel. Gazzoli), pero que se diferencia claramente del liberalismo autoritario, y más aún que éste, está en las antípodas del paternalismo y nacionalismo elitista. Sobre esta corriente ha llamado la atención coincidentemente con nosotros Eduardo Viola, quien la ha designado como la fracción de los "liberales democráticos" en su *Democracia e Autoritarismo no Argentina Contemporánea*, Universidade de Sao Paulo, 1982.

<sup>23</sup> Gentiluomo, Federico, *Desafío a la revolución argentina*, Nueva Era, Buenos Aires, 1970, pág. 9 ("Dedicatoria").

<sup>24</sup> Véase Druetta, Gustavo Adolfo, Una generación de oficiales en la historia política militar, Argentina 1951-1971, mimeo, CLACSO-FLACSO, 1982.

<sup>25</sup> En 1969, al mismo tiempo que se producía el primer ataque guerrillero cabal a una guarnición militar –las FAL coparon en abril la guardia del regimiento 1 de infantería en Campo de Mayo– en los cuadros medios y subalternos del ejército y la marina aparecían síntomas de profundo fraccionamiento ideopolítico. En el Colegio Militar un grupo de oficiales impugnó una conferencia del ministro de economía Krieger Vasena llevado por el director del instituto gral. Alcides López Aufranc, uno de los jefes más prestigiados del liberalismo autoritario. El desarrollo de una contestación política liderada por el teniente primero Julián Licastro –quien llegó a ocupar el cargo de secretario político del presidente Perón entre 1973 y 1974– y que abarcaba una prédica que llegaba hasta los cadetes, culminó en el procesamiento de varios oficiales y su retiro obligatorio por adherirse explícitamente a la conducción política del gral. Perón. El fraccionamiento horizontal de las FF.AA. se manifestó en varias asonadas nacionalistas populistas contra Onganía y Lanusse, entre ellas el levantamiento de los regimientos de Azul y Olavarría al mando de los tte. cneles. Díaz Loza y Baldrich en 1971, y en un intento insurreccional de guardiamarinas y aspirantes a suboficiales en la Escuela de Mecánica de la Armada coincidente con el primer regreso de Perón en noviembre de 1972, de cuyos líderes, el guardiamarina Urien, todavía está en prisión (agosto de 1983) luego de ser apresado en 1976 por supuestas vinculaciones con la guerrilla. Otro de los oficiales peronistas del Colegio Militar el tte. 1ro. José Luis Fernández Valoni, ocupó una banca de diputado en el período 1973-1976 y presidió la comisión parlamentaria de Defensa.

<sup>26</sup> El status de estado "totalitario" para definir al régimen del Proceso de Reorganización Nacional encuentra asidero en muchas de sus características aniquiladoras de toda oposición explícita, particularmente entre marzo de 1976 y comienzos de 1978. Al respecto un autor dice: "En 1976... se cuestiona el modelo de acumulación vigente medio siglo, el Estado inicia el pasaje del Estado-gestor al Estado totalitario... Sería exagerado escribir que el modelo de acumulación se alteró radicalmente, que el Estado gestor *se transformó* en un Estado totalitario...". (...) Unificadas en y por la lucha contra la guerrilla, las FF.AA. la derrotan militarmente después de haberlas derrotado políticamente con la ayuda del peronismo en el poder. A fines de 1977, comienzos de 1978, la segunda fase comienza a desplegarse: la lógica política reemplaza la lógica de la guerra. Pero... debía desenvolverse en una sociedad silenciada;... (donde) el vacío social es... grave porque nada puede reemplazar sus expresiones, sus conflictos. Sociedad puesta entre paréntesis, el poder militar clausuró también el espacio de las organizaciones corporativas. Las centrales empresarias y obreras fueron disueltas...", Delich, Francisco, "Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical" en *El poder militar en la Argentina, 1976-1981*, Ed. Galerna, Buenos Aires, 1983, Peter Waldman y E. Garzón Valdés, compiladores (subrayado nuestro).

<sup>27</sup> Esta expresión fue empleada por Guillermo O'Donnell al relatar los resultados de una investigación conjunta con Cecilia Gall realizada en Buenos Aires en 1979, sobre las vivencias psico-políticas de una muestra de personas de las capas medio-altas y de algunos sectores populares, respecto al ambiente político e ideológico cotidiano bajo el PRN y al grado de adhesión y complacencia con el orden opresivo impuesto por los militares. El "capo" fue la figura que por analogía con aquellos recluidos en los campos de concentración nazis privilegiados por su adhesión a los opresores, fue recreada en la imaginación de los investigadores a la luz de las respuestas que muchos entrevistados dieron justificando a la dictadura militar por el logro de una sociedad ordenada y sin desbordes políticos, sociales y culturales, es decir, sin la vitalidad de la libertad cívica. Exposición titulada "Democracia en la Argentina: para quienes y desde dónde?" en el seminario de AERA, CEDES, 1983.

<sup>28</sup> Citado por Darío Cantón, "Notas sobre las fuerzas armadas argentinas", en *Los fragmentos del poder*, ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969, pág. 380.

<sup>29</sup> En *Problèmes d'Amérique Latine, Notes et Etudes Documentaires, XL*, Nos. 4292-4293, La documentation française, París, 1976, fascículo preparado por André Dessens y Richard Moulin, pág. 65.

<sup>30</sup> Ibidem., pág. 66.

<sup>31</sup> Ibidem., pág. 66.

<sup>32</sup> Durante una entrevista realizada en 1982 un coronel retirado en 1955 por su militancia peronista –destinado como mayor luego de finalizar la Escuela de Guerra en el cuerpo de asesores técnico-políticos directamente dependientes del

presidente de la Nación, el gral. Perón, entre 1952 y 1955— y que luego de su caída había permanecido algunos meses prisionero en un buque de la Armada entre los presos de "máxima peligrosidad", nos relató que cuando sus dos hijos, hoy oficiales del ejército, le comunicaron el deseo de ingresar al Colegio Militar, les manifestó su desacuerdo advirtiéndoles que ellos iban a ser oficiales de "una policía reforzada" y no de un ejército nacional. Esto habla de la fuerza de la transmisión familiar del *ethos* castrense, más allá de las vicisitudes políticas que dividieron a los miembros de la GM43 a raíz de la irrupción del peronismo, e indica una de las vías más importantes a través de la cual se mantiene la cohesión corporativa, más allá de la ideología de cada militar.

<sup>33</sup> Cfr. Veneroni, Horacio, *EE.UU. y las FF.AA. de América Latina*, Ed. Periferia, Buenos Aires, 1971, esp. cap. I, b). "El entrenamiento", pág. 25 y sptes. También, Saxe-Fernández, John, *Proyecciones Hemisféricas de la Pax Americana*, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1971.

<sup>34</sup> La biografía militar de Videla puede consultarse *d'Amérique Latine*, op. cit., pág. 62.

<sup>35</sup> *Ibidem.*, pág. 57.

<sup>36</sup> Véase el excelente artículo de José Luis Fraga, sobreviviente de la Escuela Mecánica de la Armada y exiliado en Suiza, quien desde la Universidad de Ginebra en cuyo Departamento de Sociología trabaja, lo envió a la revista argentina *Nueva Presencia* luego de que fuera publicado por "*Qué hacer*" de Lima y el diario *Uno más uno* de México. Allí dice: "Si bien las normas internas de las FF.AA. contemplaban una participación igualitaria y colectiva de sus tres ramas en la política que propugnaban, en los hechos se daba que la aeronáutica completaba la actividad del ejército y la marina, competía con éste de acuerdo a una relación absoluta entre represión y cuota de poder. (...) Competir por los resortes hegemónicos que permiten decidir no sólo sobre la represión, sino también sobre la estructuración social y política del país, implicaba para la armada sobresalir en la tarea primordial de toda esa primera fase de la dictadura... Quién demostraba ser más genocida, mayor espacio político ocupaba." (No se menciona el nombre del artículo pues hace referencia al apellido de un oficial frecuentemente denunciado pero aún no encausado por la justicia).

<sup>37</sup> Respecto a la realidad aberrante de la tortura en la Argentina de los años 10 hay infinitos testimonios que sin duda serán leídos con el mismo espanto por los historiadores futuros, que el experimentado por nosotros ante los relatos del medioevo y los juicios de la Santa Inquisición. Como bien señala Michael Foucault en "Vigilar y Castigar", la tortura del acusado en público hasta el siglo XVII y gran parte del XVIII en Europa, fue siendo trocada por los procedimientos inquisitorios secretos a medida que se desarrolló el sistema carcelario (paralelo al de los hospicios y cuarteles) "hacia adentro" y lejos de la vista de un público para el cual la autoridad hereditaria comenzaba a ser puesta en cuestión. La tortura y la contricción del convicto antes de su muerte eran la afirmación de la supremacía indiscutible del rey o del papa. La relación entre torturador y torturado era "funcional" al consenso monárquico o religioso. En la Argentina contemporánea sólo era "funcional" a la dominación cruda y secretamente contradictoria con el slogan gubernamental divulgado por la frase "los argentinos somos derechos y humanos". El verdugo de capuchón negro del medioevo era un trabajador más, aceptado como tal por la sociedad que le exigía eficiencia en la colocación del lazo o en la certeza del hachazo, para evitar mayores sufrimientos al condenado convicto y confeso (generalmente por el "juicio de Dios" de la tortura). Los verdugos argentinos que a la inversa encapuchaban a sus víctimas no podían presentarse a la comunidad como tales, ni siquiera como los nazis y las checas de los años 20 a 40, cuyos miembros se distinguían como cuerpos de élite con nombre propio y edificio público. Hoy, desde una mala conciencia, muchos esperan ser *absueltos* por la autoamnistía del gobierno militar. Véanse declaraciones de un autotitulado oficial de las FF.AA. y integrante de los servicios de inteligencia, que identificándose con una cédula de la Marina declaró haber llegado a Brasil a mediados de 1979 y no tener intenciones de regresar a la Argentina, a menos que él y sus compañeros fueran amnistiados. "Confidencias de un interrogador-Depoimento exclusivo de un oficial das Forças Armadas Argentinas", en *O Estado de São Paulo*, 23 de enero de 1983, pág. 7.

<sup>38</sup> *El Ejército hoy*, s/autor, Círculo Militar, Colección Histórico-Militar, enero-marzo de 1976 (reimprimido en febrero de 1978), pp. 39-40. Respecto a los diez meses de cautiverio y asesinato del mayor Ibarzábal, relata el texto que en ellos justamente "comenzó a templarse el acero de un Ejército cada vez más fuerte ante la adversidad... y su disposición para la lucha. ¿No sería ése, precisamente, el secreto designio de la DIVINA PROVIDENCIA que todo lo prevé, al reservarle para el tt. cnel. (post-mortem) IBARZABAL el duro y prolongado trance del tormento?"; pp. 36-37.

<sup>39</sup> *Revista Militar*, Círculo Militar, Nro. 699, Buenos Aires, octubre/diciembre de 1977; pág. 32. (No se menciona al autor siguiendo un criterio de reserva obvio).

<sup>40</sup> Capdevilla, Arturo, *El pensamiento vivo de San Martín*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1945, 3ra. edición de 1982, pág. 72, selección textual de "Juicios y mandamientos del héroe" que recoge cartas de la guerra de la Independencia, órdenes militares y de operaciones, y cartas desde Europa, transcritas de los originales del gral. José de San Martín.

<sup>41</sup> Bolón Vareta, Emilio, *Fundamentos de ética militar (Apuntes sobre el espíritu militar argentino)*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1980, pág. 122. Más arriba había señalado: "El militar,... se siente revestido del poder insuperable de la autoridad moral que le ha conferido su consagración. Esta autoridad ética doctrinal respalda y supera a su propia autoridad legal", pág. 120. La carrera militar cobra aquí equivalencia con una *carrera ética*, superior a todas las éticas y gemela de la moral católica (para los militares catolicistas y los católicos militaristas).

<sup>42</sup> Palombo, Guillermo, "Vigencia de las ordenanzas militares de Carlos III en nuestro país durante el siglo pasado", en *Revista Militar*, Círculo Militar, Nro. 706, Buenos Aires, octubre/diciembre de 1981. El artículo trata de todas las reformas a los códigos militares carolinos, aportando pruebas de la sobrevivencia "ordenancista" monárquica en el siglo XIX y el XX, proveniente de la España del siglo XVIII.

<sup>43</sup> "Jorge Juan Rphde (coronel), una figura histórica poco conocida en el ejército argentino", art. traducido por el gral. (R) Gualterio E. Ahrens del diario *Argentinisches Tageblatt* el 11/XII/79, titulado "De Prusia a la Argentina", en *Revista Militar*, Círculo Militar, Nro. 701, enero/junio de 1980, Buenos Aires. Cadete militar en Berlín y oficial de Estado Mayor en Anklan, el teniente Iro. Rohde adscrito en 1878 a las tropas del Cnel. Villegas, tuvo a su cargo la

confección de las cartas del Estado Mayor durante la campaña contra el indio. Fundó San Martín de los Andes y Gral. Roca, editó numerosos reglamentos militares, gestionó la adopción de armamento de origen alemán (artillería Krupp), fue director de la Academia Nacional de Oficiales y por sus producciones cartográficas recibió el título de Ingeniero Militar. En 1886 el emperador Guillermo II lo condecoró por méritos militares con la aquiescencia del gobierno argentino.

<sup>44</sup> Bolón Varela, E., op. cit., pág. 131.

<sup>45</sup> A esa ratificación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca se había opuesto el radicalismo que luego sería "intransigente" y desarrollista, en el debate que el diputado Arturo Frondizi sostuvo en 1950 con algunos diputados peronistas. Uno de ellos, Miguel Asquía, contestaba a las acusaciones de Frondizi respecto a que el Pacto de Río sería el primer paso para la entrega del petróleo y del control de la economía: "Nosotros... entendemos que no podemos estar fuera del orden continental... por razones de comunidad espiritual, de carácter cultural, filosófico y hasta religioso... Este es un tratado en que está en juego la seguridad continental (por el cual) el continente americano... define la zona de seguridad americana, dentro de cuya área de mar correspondientes a las costas argentinas, quedan incluidas las islas y territorios sobre los cuales reclamamos derechos..."; del libro de Sesiones de la Cámara de Diputados citado en Druetta, G. A., *Una generación de oficiales en la historia política militar Argentina 1951-1971*, CLACSO-FLACSO, mimeo, Bs. As., 1983, pág. 48.

<sup>46</sup> El ejército peronista, inmiscuyéndose en la "modernización" de la mano de obra rural y en el contexto de la crisis económica parcialmente producida por algunas cosechas desastrosas del trienio 1949-1951, establece en 1950 y repite en 1951 cursos de tractoristas para soldados provenientes del sector primario con el objetivo de concurrir a "incrementar la producción agrícola" al regreso a sus hogares. Véase Druetta, G. A., *ut supra*, pág. 87, referente al Boletín Militar Nro. 1530, octubre/1951, del Ministerio de Guerra argentino.

<sup>47</sup> La reforma constitucional de 1949 aprobada por una asamblea mayoritaria peronista, luego del retiro de la oposición, había sido impugnada por presuntos yerros juricistas relativos a la cantidad de miembros necesarios para el quórum constituyente; y sus cláusulas de riguroso control de las inversiones extranjeras y de reelección presidencial, fueron argumentos golpistas por excelencia para soliviantar a militares liberales y nacionalistas antiperonistas desde 1951. Cfr. Sampay, Arturo, *Las constituciones de la Argentina, (1810-1972)*, EUDEBA, Buenos Aires, 1975.

<sup>48</sup> Maffey, Alberto J. (mayor), "Ayacucho y su proyección en la política americana", en *Revista Militar*, Círculo Militar, Nro. 699, Buenos Aires, octubre/diciembre de 1977, pág. 57. Cita a Spengler con referencia al ahogamiento de la joven cultura autóctona por viejas culturas extrañas que aprovecharon la materia prima de América para acrecentar los ingresos de "la más completa y variada colección de sanguijuelas" (pág. 57). Pero considera pura retórica las interpretaciones que discurren "a través del obscuro lente del imperialismo", ocultando la "claudicación americana... a poseer íntegramente los países... con el piadoso velo del imperialismo (que) es historia antigua, de la otra cultura, la trasplantada" (pág. 58).

<sup>49</sup> Bolón Varela, E., op. cit., pág. 91.

<sup>50</sup> Si una de las vías de transmisión de la voluntad corporativa militar es la "herencia" de la vocación por las armas de padre a hijo, abuelo a nieto (o de tío a sobrino), la otra es sin duda la reproducción ideológica que los "intelectuales orgánicos" de generaciones militares ya en retiro continúan ejercitando y divulgando en la prensa castrense. Estos dos caminos de trasvasamiento generacional de la ideología corporativa, parecen atravesar las diferencias ideopolíticas provenientes de la sociedad civil, cumpliendo la función de cohesionar a los cuadros en la defensa de la institución, sea cual fuere el destino de la comunidad nacional. Véanse los artículos de T. Sánchez de Bustamante, "El ejército nacional civilizador", y de M. Orsolini, "Instancias superiores de un proceso. nacional", en *Revista Militar*, Cu, Mi., núm. 699, oct/dic. de 1977. Desde una perspectiva histórica el primero (para quien los indios eran meros "ladrones") y desde un razonamiento estratégico el segundo, ambos centran el éxito del proyecto de la generación. del 80 en la *decisión del ejército de intervenir* en el proceso de formación de la Nación, aunque el primero adhiera a la necesidad de recomenzar el proyecto liberal actualizándolo y el segundo sólo lo plantea como un ejemplo de estrategia correcta pero inadecuado a un nuevo proyecto de vocación nacional.

<sup>51</sup> Bolón Varela, E., op. cit., pág. 148.

<sup>52</sup> Véase el discurso pronunciado por Galtieri el 2 de mayo de 1980 en la cena de camaradería del día del ejército, en *Revista Militar*, Cir. Mi, Nro. 701, ene/jun. de 1980, Buenos Aires, pp. 5 a 11.

<sup>53</sup> Con una litografía del caudillo federal Facundo Quiroga en la tapa, Florentino Díaz Loza publicó *Las armas de la revolución*, A. Peña Lillo ed., Buenos Aires, 1972. Luego, como producto de una serie de artículos publicados en el diario peronista-nacionalista "Mayoría", publicó *Doctrina política del ejército*, A. Peña Lillo ed., Bs. As., 1975. En ella plantea que el pueblo es un factor militar de carácter "autogestionario" al ejercer el derecho de asegurar un proceso revolucionario.

<sup>54</sup> Esta definición había sido colocada en forma muy destacada en el libro *Perón, Conducción Militar* (historia militas, defensa nacional y FF.AA.), Secretaría Política de la Presidencia de la Nación, Bs. As., 1974, por su editor el titular de la misma Julián Licastro, como parte de una propagandización dirigida a los militares en actividad.